

DESDE **12** AÑOS

Quique Hache, detective

Sergio Gómez

Ilustraciones de Kuanyip Tangol

Esas vacaciones fueron excepcionales para Quique. En lugar de irse a la playa con su familia, se queda en Santiago, en medio del caluroso verano. Pero no será una temporada aburrida.

Quique vivirá intensas emociones como detective recién titulado por correspondencia intentando resolver su primer caso.

En menos de una semana deberá encontrar al promisorio arquero de un equipo de fútbol o el plantel no ascenderá. Sin embargo, hay mucho más en juego que la sola clasificación del equipo.

ALFAGUARA

INFANTIL

ISBN 956-239-086-1



9 789562 390866

ALFAGUARA INFANTIL

Quique Hache, detective

Sergio Gómez



Era el verano del 98 cuando ocurrió todo esto. Desde hacía una semana, yo era detective privado. Nadie en la casa lo sabía, excepto la Gertru. Los demás se fueron a pasar el verano a Concón, a comer asados, a jugar baby fútbol, a broncearse en la playa, a mirar los atardeceres y a no hacer nada durante dos meses. A mí me dejaron a cargo de Gertrudis Astudillo, mi nana desde hace quince años, que precisamente son todos los años que tengo.

Lo de detective privado resultó de un curso por correspondencia en que participamos con la Gertru. Durante seis meses estudiamos secretamente, sin decirle a nadie. El curso lo enviaban desde una ciudad de Argentina.

Cuando llegaron los dos diplomas quedamos inmediatamente convertidos en detectives privados. Ése fue el momento en que la

Gertru se echó para atrás como detective, dijo que tenía muchas cosas que hacer en la casa y que no tenía tiempo para jugar. Para dejarme tranquilo se le ocurrió una idea. Juntamos plata y pagamos un aviso chiquitito en *El Mercurio*. «Quique Hache, detective privado. Se buscan personas perdidas. Se resuelven enigmas». Así decía el aviso.

Quique Hache soy yo.

Desde hace cinco años vivimos en una casa con jardín en Ñuñoa, en la calle Juan Moya, una calle tranquila cerca de avenida Grecia. Los vecinos saludan y nos invitan a los cumpleaños en el vecindario. También celebramos juntos cuando gana la selección chilena de fútbol. Un dieciocho hicimos un asado con los vecinos, cerramos toda la cuadra y preparamos el asado más largo del mundo. Después resultó que el asado más largo lo habían hecho en el sur de Chile y el nuestro no era el más largo.

Mi barrio es tranquilo, nunca ocurre nada. La Gertru dice que su barrio en Temuco se parece a la cuadra de Juan Moya.

Como estábamos solos en la casa, decidimos que si sonaba el teléfono ella se haría pasar por secretaria de detective. Esperamos tres días después de que apareció el aviso en

el diario, pero sólo llamó mi mamá desde Concón tratando de tentarme con la playa, los días de sol exquisitos, los primos, los partidos de baby fútbol, los asados y los atardeceres. Con todo eso me tentaron, es verdad, pero ahora yo era un detective privado y tenía otras cosas de qué preocuparme.

Luego el teléfono no sonó durante dos días y, cuando por fin lo hizo, contestó la Gertru. Se puso pálida, me miró con cara de alumbrado público y dijo:

—Es para Quique Hache, detective privado.

En un papel anoté el recado telefónico: «Señora Gallardo. Tres de la tarde. Café Paula». Colgué. Tenía mi primer cliente como detective. Nos miramos con la Gertru como si hubiéramos descubierto petróleo en el jardín de la casa.

Como no tenía oficina, le había propuesto a la señora Gallardo que nos reuniéramos en el centro de Santiago. Mi abuelo siempre decía que iba al Paula, un café de la calle San Antonio con Agustinas. El café entero ya no es el mismo de antes, según mi abuelo, pero igual me pareció que sería un buen sitio.

Dos y media de la tarde. La ciudad parecía tranquila y vacía porque estábamos iniciando enero. El calor derretía. Salí de mi casa y en Irrazaval alcancé una micro. El viaje fue largo. Entraba una brisa agradable por la ventana abierta y un rato conté los árboles que

iban pasando y otro rato me preocupé pensando en la señora Gallardo y en éste, mi primer trabajo.

Cuando llegamos al centro, la micro entró directo por la Alameda. Me bajé frente a la Biblioteca Nacional. En las escaleras de la biblioteca encontré mochileros sentados, hablando en inglés; me pidieron plata, pero seguí de largo. En ese momento me sentía un detective privado y no un guía turístico. Subí por Mac-Iver hasta calle Agustinas. El Teatro Municipal está en esa calle, en el camino del café. Una vez en el colegio nos llevaron allí a ver un fragmento de una ópera famosa. Me sorprendí cuando reconocí algunas de las arias: las había escuchado antes en comerciales de la televisión.

En el Café Paula me senté a esperar a la señora Gallardo, la de la llamada telefónica. Entonces me di cuenta de mi primer error como detective: no tenía idea cómo reconocer a mi primer cliente. Sentadas en el café había dos parejas, uno de los hombres era un militar, seguro, aunque vestía de civil. Lo deduje porque llevaba el pelo cortado casi al rape y se sentaba derecho, como si se hubiera tragado una estaca. La otra pareja: un viejo y una vieja de más o menos cuarenta años tomaban

helados en copas gigantes y se miraban como si recién comenzaran a enamorarse. El mozo se acercó a mi mesa y me vi en la obligación profesional, para justificar mi estadía en el café, de pedir un helado doble de chocolate con una galleta y salsa de frutilla. Mientras esperaba pregunté equivocadamente a tres señoras que entraron si tenían el apellido Gallardo.

Me tomé todo el helado y me puse a jugar con la cuchara, esas largas y finas que ponen con las copas de helado, y ya estaba pensando que la señora Gallardo no existía, cuando el mozo que me atendió y que parecía simpático, se acercó a mi mesa con un diario y sin decir una palabra señaló una fotografía donde aparecía una mujer muy gorda, excesivamente gorda, como se ven en las películas de Estados Unidos, donde todos parecen ser gordos por comer papas fritas y hamburguesas al desayuno. Un amigo que fue a Miami llegó contando que encontró McDonald's en todas las esquinas. Se justificaba entonces la gordura porque la tentación es grande si está en cada esquina.

Debajo de la fotografía del diario pude leer: «Empresaria del año. Importante distinción recibió Rosaura Gallardo y su empresa Intermar». Con mi mejor cara de investigador

miré otra vez al mozo y me encogí de hombros. El mozo, sin despegar esa sonrisa amable que parecía que venía con su uniforme, me indicó una puerta interior. Lo seguí. El pasillo llegaba hasta la cocina. A ninguno de los cocineros le interesó que yo pasara por ahí. Seguí al mozo hasta el patio de cemento, cerrado por las paredes de los edificios vecinos. La única manera de ver cielo allí era mirar recto hacia arriba. En la pared se veían algunas ventanas, los cajones del aire acondicionado y gatos paseándose por las cornisas. En el centro del patio, entre dos maceteros, estaba en un sillón la misma mujer de la fotografía del diario. Rosaura Gallardo tenía un cuerpo gigante, como si flotara en un saco lleno de agua. Ambos nos miramos sorprendidos. Ella arrugó la nariz y preguntó:

—¿Quique Hache?

Para no ser menos, también arrugué la nariz y pregunté:

—¿Señora Gallardo?

—Le voy a ser sincera, creí que me encontraría con alguien más... —dijo la señora Gallardo trabada, sin terminar la frase, resoplando como ballena por el esfuerzo que le producía hablar en medio del patio del Café Paula.

—Quique Hache, detective —repetí y mostré un papelito cuadrado, como carnet de identidad, sin plastificar aún. En el curso se decía que debía llevarse en la billetera todo el tiempo.

—Creí que... —siguió ella sin encontrar las palabras adecuadas.

—No se preocupe, señora Gallardo, lo que me cuente lo mantendremos bajo secreto profesional.

—No era eso sino... —seguía atorada. Después sonrió y dijo—: Es que no estoy acostumbrada a detectives privados, eso debe ser. Supongo que no tengo alternativa, nadie más ha querido ayudarme.

—Para eso estamos —dijo con una sonrisa de vendedor de zapatos. Ella también volvió a sonreír y su cuerpo se estremeció, como si llevara olas de mar dentro de la ropa.

—Déjeme empezar por el principio, Hache —dijo.

—Así me gusta, desde el principio. Le recuerdo, para eso estamos, para escuchar lo que tenga que decir.

—Mi papá se murió hace tres años y me dejó su empresa de buses. Yo la administraba desde hacía algunos años. Mi papá estaba viejo, ¿sabe?

—Mmmm —dije poniendo cara de intensa atención. La señora Gallardo me miró un segundo, como dudando si seguir o no. Suspiró, miró hacia lo alto del patio y continuó:

—Él comenzó con una micro viajando hasta Cartagena. Treinta años más tarde tenía una flota importante de buses que recorrían el litoral central, la empresa Intermar, ¿la conoce?

—Sí —mentí.

—La empresa ha tenido un repunte con mi administración, aunque suene feo que lo diga yo. Hemos obtenido importantes logros y avances. Desgraciadamente mi papá no vivió lo suficiente para verlo; hoy día se sentiría



orgulloso de mi gestión. Pero antes de morir hizo uno de sus más extraños negocios. Se le ocurrió comprar un equipo de fútbol semiprofesional. Don Chemo, mi padre, era un fanático del fútbol. Si me pregunta a mí, tengo que responderle que casi no entiendo ese deporte. Pero mi papá era llevado de sus ideas. Compró el Ferro Quilín Fútbol Club, un equipo modesto de tercera división, popular en Santa Familia, el barrio donde nació mi padre, al sur de Santiago. Se compraron jugadores y planificó todo para que en un plazo de tres años el equipo subiera a la segunda división y de ahí, probablemente, al fútbol grande —la señora se detuvo un momento y me preguntó—: ¿Está seguro de que usted es el del anuncio en el diario?

—Seguro: Quique Hache, detective —insistí.

—Entonces sigo. El éxito del Ferro Quilín fue avasallador, aunque mi padre apenas alcanzó a disfrutarlo.

—Una lástima.

—Yo pensé que con su muerte se terminaba el asunto del equipo de fútbol.

—¿No fue así?

—No lo fue. Don Chemo era un hombre astuto. Antes de morir agregó una cláusula final en su testamento, ¿la adivinó?

—No —dije sinceramente.

—De acuerdo a los plazos que él estableció para que se distribuyeran sus bienes, si en tres años el equipo de Ferro salía campeón y ascendía, todas sus propiedades, incluyendo los buses, serían mías, de lo contrario se repartirían en obras de caridad.

—¿Y los tres años se cumplen ahora?

—Se cumplen.

—¿Cómo le ha ido al equipo?

—Perfecto. El Ferro siguió con su racha ganadora durante todo el año pasado y se le daba por seguro campeón este año. Todo iba bien hasta hace unas semanas. Iba en primera ubicación, seguido de cerca por Deportivo Malloco, pero desde entonces perdió dos partidos claves y bajó al segundo lugar; queda sólo el último partido este sábado, justamente contra Malloco, donde se decide todo, el que gana es el nuevo campeón y asciende.

—No veo el problema, parece ser un asunto deportivo —dije.

—En todo hay un pero, Hache. El Ferro era el favorito, el mejor del campeonato, pero sucedió lo inesperado, lo que lo ha llevado a perder esos partidos. Qué terrible cuando lo pienso, me niego a creerlo.

—¿Qué ocurrió?

—Voy para allá, no me apure. Desapareció el arquero, eso fue lo que ocurrió —bajó la cabeza y pareció que lloraba.

Algo tartamudo le dije:

—Te...tendrán un reemplazante para el partido del sábado.

La señora Gallardo levantó la cabeza y me miró duramente.

—Claro que se puede reemplazar a Cachó Ramírez.

—¿Ése es el nombre del arquero desaparecido? —como la respuesta era obvia, la señora Gallardo prefirió seguir con la anterior idea.

—Podríamos reemplazarlo, podríamos sin problemas, pero si lo hacemos perdemos el campeonato, el ascenso y yo pierdo la empresa de buses Intermar.

La Gertru me esperaba en la casa para tomar onces. Había preparado panqueques con mermelada de membrillo porque sabía que a mí me gustaban. Me esperaba regando en el antejardín de la casa. A cada rato entraba a ver una telenovela que le gusta mucho porque el protagonista se parece a un antiguo novio que tuvo en Temuco. La Gertru dice que si el actor de esa telenovela no fuera mexicano, juraría que es el mismo, además porque su antiguo novio se fue a recorrer el mundo. A veces recibía postales de lugares tan extraños como Sri Lanka por ejemplo, siempre con las mismas frases: «Aquí estoy en Sri Lanka, gorda, echándote de menos» y firmaba Manolo.

La Gertru, a pesar de todos los novios que ha tenido, dice que prefiere a Manolo, el viajero, porque fue su primer amor. Dice que al final él volverá a Chile y la buscará. Mientras

tanto se conforma con su doble mexicano en la televisión.

—No te hagas rogar, Quiquito, y habla —dijo la Gertru emocionada y curiosa por saber los detalles de mi entrevista con la señora Gallardo.

Nos fuimos a calentar los panqueques al microondas. Primero le mostré el cheque de adelanto que me dio la señora Gallardo. Era el primer cheque que recibía en mi vida. Me prometió tres veces esa cantidad si encontraba al arquero perdido antes de las 5.30 del día sábado, hora y día en que empezaba el partido por la final del campeonato de la tercera división en el estadio municipal de Santa Familia. La Gertru miró varias veces el cheque tratando de multiplicarlo por tres sin creerlo.

A Cacho Ramírez, el arquero del equipo, lo necesitaban ese sábado en la cancha, no bastaba con reemplazarlo. Hacía tres semanas que había desaparecido misteriosamente y nadie sabía de su paradero. Para el Ferro Quilín, además de atajar y evitar los goles, era un símbolo, una cábala para todo el equipo. Los dos últimos partidos, Ferro los había perdido y coincidía con la ausencia del arquero. Así también había ocurrido los pasados tres años: cada vez que Ramírez no jugaba por lesión o

enfermedad, la derrota era segura. Por eso, el equipo, los seguidores y dirigentes, sabían que todo estaría perdido si él no aparecía el sábado en la cancha.

Gertrudis, que todo lo sabe, por supuesto conocía a Intermar, la línea de buses y la fortuna de don Chemo Gallardo. De fútbol no sabe mucho, aunque asocia fútbol a dos palabras: «Pedro Carcuero», a quien vio en persona en una ocasión, probándose un vestón en Palabella. La Gertru dice siempre que la única persona famosa que conoce es Pedro Carcuero.

Después que descargué la información y cuando la mermelada de los panqueques comenzó a parecerme intolerable en el estómago, nos quedamos en silencio con la Gertru, pensando lo mismo: qué haríamos a continuación para encontrar al arquero, qué haría en este caso un detective privado para resolver el misterio. Permanecemos más de quince minutos sin decir una palabra, pensando intensamente, mirando hacia el techo sin ninguna razón, como esperando que desde arriba cayera la ayuda.

Gertru concluyó que mejor renunciáramos a ser detectives y, que por otra parte, la playa de Concón, los primos...

En cambio yo dije:

—Ahora o nunca —sin saber qué quería realmente decir con esa frase para el bronce, que algo tenía que ver con la constancia necesaria para hacer todo, para lograr algunas metas.

De tanto pensar me bajaron el sueño y el cansancio. Antes de las once de la noche me fui a acostar, a pesar del calor que se conservaba en las paredes de la casa. La Gertru se quedó mirando la Reportera del Crimen en la televisión.

Lo primero que debe hacer un buen detective es descubrir la verdad, aunque suene obvio; de eso se trata todo. Buscar una verdad significa encontrar una mentira, eso dice Gertrudis.

Mientras la Gertru iba a la feria que levantan los días martes en una de las calles de Ñuñoa, a comprar una sandía y melones, yo me duché rápidamente, me vestí y salí de la casa. Hice el mismo recorrido del día anterior, subí a una micro y seguí por Irrazaval, pero esta vez bajé en el cruce con Vicuña Mackenna. Nunca antes había estado en Santa Familia, pero al menos sabía que la dirección era hacia el sur. Subí a otra micro amarilla, con un número grande en un costado y esperé a que el chofer me avisara cuando llegáramos al barrio. Veinte minutos después el chofer gritó «Santa Familia», mirando por el espejo que tenía enfrente, arreglado con

banderines del Colo Colo y fotografías del papa Juan Pablo Segundo en Chile.

Bajé en Irasu, la calle principal del barrio. Todavía el calor de la mañana era soportable y la gente parecía alegre. Más tarde, con el sol del mediodía, las cosas cambiarían.

La sede de Ferro Quilín estaba en la calle Sargento Aldea, escondida en medio de la cuadra, con un predio extenso hacia el interior. Por la misma calle, pero más adelante, se levantaba el estadio de Obras Santas. Entré a la sede que parecía abandonada. Al fondo de un salón vacío se abría un pasillo amurallado de vitrinas, donde se guardaban los trofeos obtenidos por el club. En la pared contraria se repetían las fotografías del equipo en distintas épocas. En el medio había un gran retrato de un viejito con cara de abuelo. Debajo decía Anselmo Gallardo, fundador. Éste era, entonces, don Chemo Gallardo. La última fotografía era la del equipo del año que terminaba. Traté de memorizar las caras de los jugadores. Por supuesto, destacaba el arquero con su ropa negra y guantes blancos. Cacho Ramírez en la fotografía tenía cara de buen arquero, ágil, delgado y muy alto. El largo pasillo desembocaba en una cancha de fútbol, con escaso pasto y una hilera de álamos al final. El

equipo estaba entrenando a esa hora, mientras algunos curiosos miraban. Los jugadores no parecían muy activos, daban pasecitos cortos y remataban al arco sin ganas, con el entusiasmo de un velorio.

Me acerqué a un viejito sentado en una silla de paja al borde de la cancha y le dije:

—Venía por el asunto de Cacho Ramírez.

—¿Periodista? —preguntó el viejo.

No quise contradecirlo. Supuse que era más fácil presentarme como periodista de quince años que como detective de esa edad.

—A mí los periodistas no me gustan —dijo—, mire como fueron a dejar a Lady Di.

—Pero la culpa no fue directamente de los periodistas —rebatí arrepentido de la mentira.

—Los periodistas pueden levantar a alguien y después, cuando ya no les sirve, lo dejan caer al suelo.

—Puede ser.

—Ahí tiene a Cacho Ramírez, siempre lo aplaudieron por sus voladas y payasadas de arquero, porque Cacho era muy atrevido para jugar al fútbol. Valentón era para encarar, no como los arqueros de primera división que se dejan caer en el pasto blando. No, Cacho

era de carne dura y le daba lo mismo caer en la tierra con piedras, vidrios o clavos.

Los jugadores de Ferro seguían con trocitos poco efectivos y estirándose entre ellos los músculos de las piernas.

—El asunto del periodismo... —quise intentar arreglar el enredo diciendo la verdad, pero el viejo me detuvo:

—Sabe cómo le puso Martín Lucas a Cachito, ¿porque usted debe saber quién es Martín Lucas?

—No en realidad.

—Se nota que es periodista joven. Martín Lucas es uno de los más importantes periodistas deportivos de este país. Escribía en la revista *Estadio*, una que ya no existe. Ahora Lucas escribe para los diarios. Un día se vino al estadio Obras Santas y vio jugar al Ferro. El día lunes escribió en su columna que había conocido un «Arquero Volador», así le llamó, después todos le repetían el apodo a Cacho Ramírez: el Arquero Volador. Flotaba en el aire, así parecía cada vez que Cachito se mandaba una volada.

—¿Usted conoció a Ramírez entonces?
—pregunté profesionalmente.

—Ustedes los periodistas jóvenes, se les nota que saben poco, están muy nuevos en la profesión.

—Sólo quería algunos datos de Cacho, algo que me sirva para un artículo —insistí.

—Perdido está el arquero —repitió él.

—Eso lo sé.

—Déjeme decirle algo *off the record*, eso quiere decir que usted no puede repetirlo por ahí y menos publicarlo, porque si no, lo demando.

—No sale de aquí, no se preocupe.

—Secuestrado deben tenerlo, eso es lo que ocurre con Cachito. Mi teoría es que los del secuestro son los del Deportivo Malloco, lo hicieron porque quieren ganar el campeonato y subir a la segunda división.

—Pero un arquero se puede reemplazar. ¿Qué seguridad podían tener de ganar el partido el sábado?

El viejo abrió los ojos. Pensé que comenzaba a infartarse porque la cara le hirvió roja. Después masticó saliva y un poco más calmado dijo:

—Carajo, como es la gente joven. No me macanee, señor periodista, usted no sabe nada. Cacho es vital en el arco, sin él perdemos este sábado y punto.

—¿Por qué? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Cábala, mocoso, cábala. No todo en la

vida se consigue por las formas tradicionales, también el Ferro tiene supersticiones, carajo. Durante los últimos tres años sólo hemos perdido los partidos en que Cacho Ramírez ha estado ausente —indicó hacia la cancha—. Vea las caras del equipo como están, deprimidos andan todos porque saben que sin Cacho la derrota es segura y nos quedaremos aquí en los potrerós de la tercera división.

—Pero eso no tiene nada que ver con el rendimiento del equipo, es sólo una superstición.

El viejo me miró, suspiró y dijo:

—Todos sabemos que esas cosas de las supersticiones no existen, si somos gente civilizada, pero qué le vamos a hacer, cuando se creen se creen.

Moví la cabeza y esperé un momento para preguntar.

—Me podría decir su nombre, por supuesto no lo voy a nombrar directamente en mi reportaje.

El viejito se rió y dijo:

—Homero Gavilán, entrenador del Ferro Quilín. Si quiere nombrarme, hágalo nomás, no me molesta. Es con hache al principio en el nombre y acento al final del apellido.

Recorrí el barrio sin una pista concreta sobre el arquero desaparecido, solamente las supersticiones del entrenador. Cansado y con sed, entré a una fuente de soda para descansar un poco del calor del mediodía. Pedí al mozo una Fanta. La Gertru prepara Fanta con huevos en la licuadora. La receta es fácil: una botella chica de Fanta, un huevo blanco, dos cucharadas de azúcar. En la juguera se revuelve todo y está listo el «fantasmal», ése es el nombre con que lo bautizamos. Pero en esa fuente de soda de Santa Familia era improbable que conocieran un fantasmal, así que pedí sólo la botella y un vaso con hielo.

Lo único que tenía de Cacho Ramírez era una dirección conseguida en la sede de Ferro Quilín, nada más. Me dirigí hasta allí. No estaba lejos: cuatro cuadras por Irasu, la calle principal, y luego una hacia la cordillera. Era una casa antigua. La señora que me recibió

dijo que la casa era una pensión, y antes de que me dejara explicarle, me hizo entrar y me mostró las piezas desocupadas que todavía le quedaban, con una sonrisa de tenedor, que algún día explicaré en qué consiste. Los dormitorios que me ofreció eran deprimentes: con una cama, un somier de fierro, un velador y una ampollita que debía tener 20 watts para no gastar en electricidad. Cuando le dije que era imposible leer con ese tipo de ampollita, la señora dobló los brazos por delante y dijo:

—Aquí los pensionistas no leen.

Después me paseó por el comedor. En una mesa larga almorzaban los pensionistas. Cuando vieron aparecer a la señora comenzaron a protestar:

—Otra vez papas con mote, queremos cazuela.

Otro dijo:

—Todos los días lo mismo, doña Hilda, cambie el menú.

La señora otra vez dobló por delante los brazos y respondió:

—Se me callan, que me espantan al cliente.

Fue el momento que aproveché para confesarle que todavía no necesitaba alojamiento y que mis verdaderas intenciones eran

descubrir el paradero de Cacho Ramírez. Ella se quedó congelada y decepcionada; preguntó:

—¿Periodista?

—Sí —respondí sin ganas. Ella sonrió y agregó:

—¿De la tele?

Sin que yo le diera una respuesta se le encendió la cara, su voz se hizo más clara, actuando como si en verdad yo llevara una cámara escondida en alguna parte.

—Viva el Lunes es mi programa preferido —dijo—, ahí se conversa, y eso es lo que me gusta a mí, conversar, aunque no sea una la que conversa. Eso sí, echo de menos a Raúl Matas. Raúl Matas se parece tanto a mi abuelito Ramón que se murió en el sur de Chile, en un asado, se le atravesó un hueso de chivo y ahí se murió el abuelo, ahogado. Pero volviendo a Raúl Matas, un caballero de la televisión, él debería estar animando Viva el Lunes.

Después de escuchar quince minutos sus teorías televisivas, conseguí que me dejara pasar a la habitación de Cacho. Estaba en el segundo piso y era la única que tenía una ventana desde donde se veía un pedazo importante de cordillera y los condominios lejanos de Peñalolén. La señora dijo que Ramírez era un buen pensionista, no tenía ni una queja con

respecto a él. Antes de que desapareciera había dejado pagados dos meses por adelantado. No era extraño porque siempre lo hacía. Cuando le pregunté que qué creía que había pasado con él, ella respondió risueña que probablemente estuviera arrancado con alguna mujer y por lo tanto era mejor dejarlo tranquilo.

Me dejó solo en la habitación. La misma cama, el velador y la ampolleta de 20 watts, que había visto en el resto de los dormitorios. En el closet encontré gran parte de la ropa de Cacho, ordenada, no parecía faltar nada. Antes de salir abrí el cajón del velador donde encontré una solitaria fotografía. La examiné cerca de la ventana. En la foto aparecía un grupo numeroso de jóvenes junto a maletas y bolsos de viaje. Detrás se veía un bus. Eran alrededor de treinta. Sonreían. Calculé que tenían mi edad. Pensé que la fotografía podía servirme, así que la tomé prestada, jurando que se la devolvería a su dueño cuando lo encontrara.

Cuando salí de la pensión, escuché que desde el comedor alguien gritó: «Córtela, doña Hilda, con las papas con mote, nos va a traumar».

El día había sido largo y poco provechoso. Estaba en cero, aunque el cero no es un mal número, sólo con mala fama entre los demás números.

Volví a la plaza del Alférez Mayor, desde donde partían los colectivos hacia la salida del barrio, hasta la avenida Vicuña Mackenna. La ruta lógica no era complicada: subir hacia el norte hasta encontrarse con Grecia o Irarrázaval, desde ahí en una micro se seguía hacia el oriente hasta Ñuñoa. Como no aparecían colectivos en la placita y para hacer tiempo, jugué algunos «gatos mentales». No es un juego fácil. Consiste en el típico Gato que se juega con papel, lápiz, equis y círculos. La idea es jugarlos mentalmente, vencerse a uno mismo o con contrincantes inventados. Puede parecer extraño, pero con un poco de práctica sirve para pasar el tiempo.

En eso estaba, rayando casilleros de gatos

en mi cabeza, cuando se acercó una niña como de diecisiete o dieciocho años con blue jeans, el pelo corto, unos ojos claritos que daba gusto mirar, y una polera negra de Iron Maiden. Me enamoré enseguida, antes de que ella dijera una palabra. La niña me miraba con ojos de tren, que alguna vez explicaré en qué consiste como mirada. Su cara era dulce, parecida a Santa Teresa de Los Andes, pero no a la santa precisamente, sino a la actriz que la representó para la televisión. Se acercó donde yo esperaba el colectivo y dijo:

—¿Andas buscando a Cacho Ramírez?

—Sí —respondí sorprendido.

—En este barrio las noticias se saben rápidamente —me contestó sonriendo. Una sonrisa preciosa.

La tarde calurosa estaba terminando y una brisa suavcita y fresca renovaba el ambiente.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Ramírez? —dije con una mirada de rana vieja.

—Te espero en el descampado de la industria Bayer, en diez minutos.

Se apartó con rapidez, como si ambos fuéramos espías y nos vigilaran, y se perdió por el final de Irasu.

Pregunté en un kiosco de revistas por el descampado. Como estaba cerca, caminé

con pasos lentos y demorados para llegar justo a tiempo.

Era un cuadrado grande, vacío, un peladero de escombros y basuras, rodeado de paredes de cemento. Digamos que no era un paisaje campestre. Olía pésimo y comenzaba a oscurecer. Pensé que podía haber sido todo una broma; allí no había nada. Hasta que, por entre los cerros de escombros, empezaron a aparecer jóvenes. No tenían caras amistosas. Conté doce entre hombres y mujeres. Al final apareció la niña de la plaza, de la cual estaba enamorado hacía diez minutos sin que ella lo supiera.

Uno de los aparecidos, el más grande, un gordo de pelo largo, me mostró los dientes y dijo:

—Si buscas a Cacho Ramírez mejor será que lo olvides, lo tenemos secuestrado.

Me atoré antes de hablar, tratando de que no se notara lo nervioso que estaba:

—¿Se podría saber quién lo tiene secuestrado? —pregunté.

El gordo quedó anulado con la pregunta, no la esperaba o su comprensión era lenta.

—Nosotros —se atrevió a responder después de un rato de dudas.

Entonces llegó en su auxilio la niña de la plaza.

—No es de tu incumbencia el asunto de Cacho Ramírez. Esto es una advertencia —dijo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté con una voz de violín en concierto. También la pregunta fue inesperada para ella. Bajó la guardia y respondió:

—Charo.

—Charo —repetí el nombre para memorizarlo.

—Lo que queremos que entiendas —volvió ella, más controlada— es que no deberías buscar a Cacho, puede ser peligroso.

—¿No es verdad lo del secuestro?

El gordo quiso seguir mintiendo, pero Charo no se lo permitió.

—Deja las cosas como están, puede ser peligroso para ti si sigues haciendo preguntas.

—¿Ustedes saben dónde está el arquero? —insistí. El murmullo entre los demás dejó tensa la conversación. Charo respondió:

—No exactamente, pero debe estar bien donde está.

—Lo necesitan para el partido del sábado.

—Es peligroso que él aparezca.

Hasta ahí llegó la conversación. Tal como el grupo había aparecido, comenzó a perderse.

Arriba, sobre nuestras cabezas, el cielo parecía una naranja gigante.

—Charo —le grité antes de que se perdiera. Ella se detuvo y volvió a decir:

—No te metas, por el bien de Cacho.

Saltó y quedé otra vez solo. Un gato escarbaba entre la basura buscando algo que comer. Volví a la calle tratando de orientarme.

Alcancé el colectivo sin necesidad de llegar a la placita del Alférez. Recorrimos Viña Mackenna llena de automóviles hasta Irarrázaval. Subí a una micro y me dejé caer en el asiento. Estaba cansado y confundido.

Cuando llegué a mi casa, Gertrudis me esperaba preocupada. Se enojó por no avisarle. Estaba inquieta, imaginándose lo peor. Incluso había estado a punto de telefonar al sargento Suazo de la comisaría, uno de sus novios. Al final dijo que seguro se moría de un infarto si yo seguía de detective, que mejor me iba en un bus hasta Concón, donde me esperaban mi mamá y papá, Sofía mi hermana, los primos, los partidos de baby fútbol, los asados y los atardeceres junto al mar.

Esperé que terminara y le dije a la Gertru que tenía novedades en el caso del arquero. Ella cambió la cara enseguida, le apareció la famosa sonrisa tren, larga en su boca, entre sus dientes impecablemente blancos:

—Habla —me exigió.

Desperté tarde. La emoción del día anterior me dejó entre las sábanas hasta el mediodía. Dicen que hay gente que dentro de una cama se han quebrado una pierna, se enredan en las sábanas mientras duermen y despiertan cojos. Yo, en cambio, me desperté feliz, con un nombre en los labios: Charo. Me duché y me vestí. Cuando salí al comedor para organizar el día, Gertrudis me esperaba con un plato de cereal y leche, además con una sonrisa de bicicleta de media pista. Algún día tendré tiempo y ganas para explicar en qué consisten esas sonrisas y miradas. A mí los cereales con leche no me gustan, es una moda copiada de las películas, cuando aparece una familia gringa por la mañana al desayuno, todos muy apurados, comiendo de pie en la cocina cereales, café, jugos de fruta y tostadas. A alguien se le ocurrió que ahora también nosotros teníamos que comer cereales y decir «tostadas» y no «pan tostado».

Cualesquiera de mis reclamos ante la Gertru siempre han sido inútiles si se refieren a la comida. Así que me vi en la obligación de sentarme frente a un plato de cereal con leche, mientras la Gertru preparaba sus teorías sobre lo que yo le había contado la noche anterior.

—Creí —le dije para molestarla— que no querías seguir jugando a los detectives.

—Quiquito de mi alma —dijo ella—, no me malinterpretes. Con lo lento que está el verano, sin nada que hacer, déjame entretenerme a mí también.

—Está bien.

—Lo que yo creo —dijo la Gertru— es que a Cacho Ramírez lo mataron y lo fueron a enterrar por ahí, y nunca vamos a saber de él; ésa es mi teoría.

—Perdona, Gertru, algo fatalista tu teoría. Debe estar escondido. Tal vez le debe plata a alguien.

Ella movió la cabeza y volvió a sonreír.

—Momentiro, Quique, te lo cuento al tiro. Esta mañana llamé a una comadre que tengo en Santa Familia y me contó sobre Cacho Ramírez.

La Gertru tiene comadres en todo Santiago, así que no era extraño que existiera una en Santa Familia.

—¿Qué te contó?

—Una vida rara la de Ramírez, te lo digo. Cuando joven nadie lo conocía, hace tres años nomás que está en el barrio; de su pasado no se sabe mucho. Además de jugar fútbol no hacía nada más y eso es sospechoso, porque dime tío, ¿de dónde salía la plata para mantenerse, para pagar esa pensión y sus gastos? Debía andar en malos pasos, por eso lo mataron.

—No seas exagerada, Gertru.

—No exagero. Hay muchas tentaciones en esta vida y mucha gente perversa. Eso se ve en la tele todos los días. «Pobre Cacho», dijo mi comadre, «debe estar bajo tierra».

—Bueno, Gertru, y si tu comadre está tan segura, ¿por qué no lo denunció?

—Mi comadre no se quiere meter en líos, además es seguidora del Ferro Quilín y tampoco quiere que el equipo pierda este sábado.

La Gertru hizo un punto aparte para que yo digiriera el cereal y luego dijo:

—Muéstrame la fotografía.

Volví a hacerla aparecer desde el bolsillo de mi camisa. La dejé sobre la mesa, mientras cuchareaba sin ganas. La Gertru miró la foto y dijo:

—Parece ser el curso de un colegio, todos tienen la misma edad, primero o segundo medio. ¿Por qué la tenía Cacho?

—Supongo que conocía a alguien de ese grupo, tal vez un hijo, un sobrino —dije para no quedar atrás con las deducciones. Recorrí con los dedos la fotografía.

—¿No se te ocurre nada más, Quique? Mira todo lo que yo te averigüé y sin siquiera moverme de la casa.

—Una fotografía es una buena pista —reclamé.

—Che —respondió la Gertru, que se cree argentina cuando se enoja.

Ése fue el momento. Terminaba de repasar esas caras sonrientes en la fotografía. Entre dos niñas la encontré, casi escondida, era la única que no sonreía, como si la cámara la hubiera sorprendido sería. Era la misma cara, no podía equivocarme, tal vez con dos o tres años menos, pero era el rostro de Charo estampado allí, en esa fotografía.

—Charo —dije en voz alta.

Gertrudis abrió los ojos con una mirada de avión despegando que ella tiene cada vez que se sorprende y no entiende nada.

Homero Gavilán, entrenador de Ferro Quilín, me esperaba en la sede del equipo. En el segundo piso tenía su oficina. Antes había telefonado a la señora Gallardo para que hiciera fácil la entrevista con el entrenador. Cuando entré a la oficina, él dijo:

—Me engañó con eso de hacerse pasar por periodista, joven, y eso no se hace ni en broma con la gente mayor. Respeto, eso es lo que necesita este país para que le vaya bien.

—No fue mi intención mentirle, entrenador —me disculpé sinceramente—. Ésta es mi primera investigación, me falta experiencia.

—Lo perdono y le agregó que tiene toda la razón, sin experiencia las cosas no se pueden hacer bien.

—¿Recibió entonces el llamado de la señora Gallardo?

—La pobre está preocupada por lo del sábado. Imagínese, contratar a un detective

privado para buscar a Cachito, eso es querer mucho al equipo.

Al parecer no sabía de la cláusula del testamento de don Chemo Gallardo que obligaba a ganar. Pensé comentárselo porque el viejo me caía bien, pero después decidí guardar el secreto profesional.

La oficina de Gavilán estaba empapelada de fotografías. En una aparecía Homero Gavilán abrazado con Elías Figueroa y en otra abrazado con Carlos Caszely. El entrenador se dio cuenta de que miraba esos retratos.

—Don Elías y Carlitos —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Yo les enseñé a jugar a la pelota. Durante años fui asistente de grandes técnicos, pero nunca conseguí que me dieran a mí la oportunidad para dirigir un club profesional. Al menos, me queda la satisfacción de haber formado jugadores.

—No soy bueno para la pelota —dije sin saber por qué.

—El fútbol hay que vivirlo, no se aprende en ninguna universidad. No hay nada que aprender, ¿sabe por qué?

—No.

—Dígame, ¿qué ciencia puede existir en correr detrás de una pelota? Ninguna. O se



nace o no se nace con el don de jugar a la pelota. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Quique Hache, detective.

—Lo noto un poco joven para detective. Hoy en día los jóvenes son los que dirigen este país, no hay vuelta, y los viejos nos extinguimos poco a poco.

Hice una pausa para dejarlo protestar. Cuando pareció calmarse le pregunté:

—¿Tenía enemigos Cacho Ramírez en el equipo?

—¿Enemigos? Todo el mundo quiere a Cachito, si tiene un corazón de gelatina. Todos lo aprecian, aunque él sea un poco reservado, pero yo creo que es por timidez. Hace dos años está en el equipo y desde esa fecha el Ferro ha mejorado notablemente.

—¿No se le conocían familiares o amigos?

—Nada de eso se sabe. Es muy reservado Ramírez, se lo dije. Mi teoría es que lo secuestraron los del Deportivo Malloco; saben que el arquero es nuestra cábala. Sin Cacho los nuestros andan como fantasmas, entran a la cancha sin seguridad, predispuestos a la derrota, y así un futbolista no se puede presentar.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Como todos, lo vi por última vez en el partido contra el Abraham Lincoln F. C. de La Granja. Aunque el problema empezó antes.

—¿El problema?

—Un mes antes vino a tocarme aquí la puerta y me dijo: don Homero, quiero hablar con usted algo importante. Me confesó que tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Un arquero con miedo es fatal en cualquier equipo. Pero otro tipo de miedo era el que tenía Cacho. Había recibido amenazas de muerte por teléfono, debía dejar el puesto del Ferro si quería vivir.

—Pero él siguió en el equipo.

—Fijo. En ese último partido estaba inquieto. Igual se lució y atajó todo lo que llegaba, pero sin que se le borrara la cara de preocupación que llevaba. Estábamos dos cerros adelante contra el Lincoln, faltaban cinco minutos y nada podía ocurrir. En ese momento escuchamos dos disparos que retumbaron en el estadio. Tal vez no fueron disparos, pero sí dos fuertes detonaciones. El primero en notarlo fue Cacho, que se dejó caer al suelo fingiendo una lesión. Lo llevamos en camilla a los vestuarios. Ésa fue la última vez que lo vimos. Luego me avisaron

que sin vestirse, con la ropa de arquero, salió del estadio, subió a un taxi y desapareció.

Conversamos de otros detalles con el entrenador, mientras por mi cabeza pasaban las ideas. Cada vez parecía más complicado el trabajo de detective. No era como los detectives de la televisión donde todo se resuelve en la hora que dura la serie. No tenía ninguna pista segura. Pensé en el mar azul de Concón, en los primos jugando baby fútbol en la arena, en todos los amigos de mi papá que invadían la casa de la playa para comer y conversar de política o de fútbol, del Chino Ríos o de Pinochet, siempre riéndose, como si la vida fuera una gran broma. Supongo que llegar a adulto es un poco eso, reírse de todo.

—Usted es muy joven para detective privado —me dijo Gavilán y con mirada de técnico agregó—: ¿No le han dado ganas de probarse en algún club de fútbol? Al ojo le calculo que tiene pinta de número siete, pieza clave por la rapidez y la astucia.

—Como le dije, no soy bueno y no me gusta mucho el fútbol —respondí.

—No conozco a nadie que no le guste el fútbol. Usted es el segundo que me viene con semejante barbaridad, porque el primero afirmaba que el fútbol le aburría. Ése fue

justamente Cacho Ramírez. Antes que el fútbol prefería otras cosas, por ejemplo manejar autos, eso me dijo, ¿puede creerlo?

—¿Manejar autos?

—Era lo único que sabíamos de él, que fue chofer de micros y camiones antes de convertirse en arquero. Fue lo único que supimos de él en tres años.

Volví al descampado de las industrias Bayer. Recorrí de regreso toda la calle Irasu hasta la placita de Alférez Mayor. No encontré a Charo ni a su grupo, habían desaparecido como si nunca hubieran existido. Nadie sabía de ellos en el barrio. Caminé hasta que sentí hambre. Pasadas las tres de la tarde y como no aguantaba sin comer, estiré un billete de mil pesos que me regaló la Gertru antes de salir por la mañana. Pensé enseguida en papas fritas con ketchup. Pero inmediatamente vi la cara de la Gertru regañándome si gastaba los mil pesos en papas fritas con ketchup. En la calle Antenaó encontré un restaurante con un letrero arriba que decía: «El Pollo Pechuga». Me senté en una de las mesas y una mujer me atendió amablemente. Pedí una porción grande de papas fritas con ketchup.

—¿Estás seguro de que no quieres para almorzar algo más contundente? —dijo la mesera,

con la misma voz de la Gertru, incluso creí que se trataba de una doble que me vigilaba y me prohibía comer papas fritas con ketchup.

—Para mí las papas fritas son contundentes —respondí.

—Pero no te alimentan y se nota que tú estás en crecimiento. ¿Qué te parece mejor un plato de arroz con un bistec? Es el plato de colación, con ensalada de tomates, un postre de gelatina y hasta un tecito reponedor al final; todo por mil pesos.

Lo pensé. Supongo que otra característica de los adultos, además de su risa, es su obsesión por la comida. No los entiendo: comen pésimo, engordan descomunadamente, se les cae el pelo, y lo único en que parecen interesados es en que los demás coman equilibradamente.

Como la mesera me miraba con ojos de lástima, de madre sin hijos, sólo por quitarle la sonrisita tierna que tenía, le pedí:

—Un plato de papas fritas con ketchup.

Se enojó, se dio vuelta sin decir nada y desapareció en la puerta que daba a la cocina.

Después de almorzar me fui a sentar a la placita del Alférez, que parecía el lugar más central de Santa Familia, allí llegaban los colectivos y la gente daba vueltas.

No estaba seguro si continuar con la búsqueda de Cacho Ramírez y de Charo. A esa altura, ambos parecían más imaginarios que reales.

A las cuatro de la tarde, como habíamos acordado con la Gertru, me reporté desde un teléfono público en la esquina de la plaza. Gertrudis contestó feliz e intentó un nuevo soborno diciéndome que estaba dispuesta a prepararme un fantasmal heladito para el calor si llegaba luego a la casa. En alguna parte he dicho que un fantasmal es una bebida que inventamos con la Gertru. No caí en la trampa. Volvería más tarde.

—Si mi mamá llama desde Concón, dile que ando en el Planetario o en el museo Artequín.

Son los lugares que a ella le encanta que yo visite, aunque a mí me aburren.

—O dile que estoy en la casa de Rolo.

Tengo que agregar que Rolo es mi mejor amigo, pero ese verano me traicionó. Se fue con su familia al sur de Chile, a Puerto Saavedra, donde filmaron hace años una película chilena, que a mi papá y mamá les gusta mucho; se emocionan cada vez que la repiten en la televisión.

La Gertru, antes de colgar el teléfono,

me dijo, con una vocecita de campanilla, remendona, que había recibido un recado telefónico de una tal Charo, era importante, me esperaba a las cinco de la tarde en la estación de trenes de Santa Familia.

Hacía muchos años que la estación de Santa Familia estaba abandonada. Ahora crecían por todas partes pasto y musgo, las vías estaban oxidadas y los vagones que quedaban parecían huesos de esqueletos. Se conservaban el andén y las oficinas hechas de tejuelas como las casas de Chiloé. La boletería clausurada y las maderas desgastadas me recordaban las fotos que había visto de los pueblos fantasmas del Norte. Era un escenario deprimente.

A las cinco de la tarde estaba sentado en uno de esos banquitos del andén, como si esperara un tren que no aparecería nunca. No hacía el mismo calor del día anterior y un viento agradable recorría los vagones inservibles, produciendo un sonido parecido al que se escucha en las películas de vaqueros.

A veces, cuando tengo que esperar, juego «gatos mentales», aunque creo que esto lo

conté anteriormente. En otras ocasiones invento historias. Es fácil, como preparar un fantasmal o leche con plátano; es decir, en la coctelera de la cabeza se echan los datos necesarios y luego se revuelve. La historia de ese día, mientras esperaba en el andén de la estación, trataba de una máquina del tiempo; una con la que se podía viajar hacia el pasado. Como siempre, en mis historias participan amigos o parientes, para hacerlas más reales. La máquina del tiempo de mi historia la inventaba un científico pariente mío que nadie quiere, el tío Jorge que vive en Viña del Mar; en realidad, no es científico sino un inútil, al menos todos en la casa lo llaman «el inútil tío Jorge». Mi tío es algo así como la oveja negra de la familia. Su única actividad conocida durante años ha sido escribir novelas de terror, que nadie le publica y por lo tanto nadie lee.

El asunto es que el tío Jorge inventó la máquina del tiempo. Pero en todo viaje del tiempo se necesita uno que accione la palanca, regule todo y otro que viaje en el tiempo. Hice entonces venir, imaginariamente, desde el sur de Chile, a Rolo, mi mejor amigo, un poco castigándolo por su traición de dejarme solo en el verano, además porque sé que les

tiene miedo a los aviones y me imagino que una máquina del tiempo se debe parecer un poco a un vuelo en avión.

En mi historia, el tío Jorge acciona la máquina y Rolo retrocede al año 1986, hace más de diez años, hasta Florida, Estados Unidos. Antes del viaje el tío previno a Rolo que nada podía alterarse en el lugar al que llegara, cualquier cambio provocaría un desastre en el presente. Rolo llega a Cabo Cañaveral tres días antes de un lanzamiento espacial importante. Toda la gente anda muy contenta y llegan muchos turistas para ver el lanzamiento. Rolo, al leer los diarios, se da cuenta de que sabe perfectamente de ese lanzamiento porque lo ha estudiado en el colegio, se trata del despegue del *Challenger* que terminará en tragedia minutos después de la partida. Rolo, entonces, a pesar de las advertencias del tío Jorge, decide evitar el accidente. Lo primero que hace es solicitar una reunión en una oficina de la NASA en Florida, con uno de los directores de vuelos. Durante veinte minutos el director escucha lo que Rolo tiene que decir. Por supuesto, no le cree nada sobre el viaje en una máquina del tiempo. Se ríe de él. Deciden terminar la reunión, y sin que Rolo se dé cuenta, el director presiona un botón

debajo de la mesa que hace aparecer a un guardia de seguridad. Arrestan a Rolo, lo declaran loco peligroso y lo encierran en un hospital.

Pasan dos días y a Rolo nadie le cree su fantástica historia, mientras se pasea en bata de paciente adentro del hospital, rodeado de locos verdaderos. En la televisión del hospital se anuncian los últimos preparativos para el lanzamiento del *Challenger*. Entrevistan a los miembros de la tripulación, entre los cuales se encuentra una profesora, por primera vez en el espacio, su nombre es Christa.

Desesperado, Rolo elabora un plan para huir del hospital. Acepta tomar los calmantes que les dan a todos los pacientes, pero en un descuido de la enfermera se guarda los remedios en los bolsillos y finge tragárselos. Más tarde, también finge dormir profundamente. A medianoche se acerca al enchufe del televisor. Une los alambres, lo que provoca un cortocircuito. El apagón es total en el hospital durante diez minutos, el tiempo que aprovecha Rolo para escapar robando una ambulancia. Acelera por la carretera, entre el paisaje pantanoso de Florida. Por la mañana se encuentra con un cruce de caminos, por un lado indica Orlando y por otro Cabo Cañaveral.

Se decide por este último. Una hora después, se acerca al lugar del lanzamiento del transbordador *Challenger*, pero no le permiten pasar más allá de donde están los periodistas y curiosos. Rolo engaña a los guardias haciéndose pasar por un médico importante de la NASA que debe controlar la temperatura de los astronautas. Entra al recinto cerrado dispuesto a hablar directamente con la tripulación y así evitar el despegue, pero sólo encuentra a ingenieros y empleados de la NASA, que corren nerviosos de un lado para otro preparándolo todo. Después de bajar y subir pisos comprueba que le quedan pocas horas para evitar el desastre. Entonces, decide que la única solución posible es introducirse en la nave espacial y descomponerla para que así sea imposible el vuelo. Logra llegar al silo del lanzamiento y, en un descuido, se escabulle hacia el interior de la nave, junto a otros técnicos que también visten de blanco. Finge arreglar un cablecito por aquí, una palanca por allá, pero en realidad no tiene idea de lo que está haciendo. Cuando cree que ha dejado inservible la nave, decide salir y avisar de los desarreglos. En ese momento escucha voces y ve cómo se cierra la escotilla principal. Los tripulantes del *Challenger* están en la nave.

Rolo, confundido, mira su reloj suponiendo que para el lanzamiento falta una hora. En ese momento se da cuenta de su error: se ha olvidado de ajustar su reloj que conserva la hora de Santiago de Chile, una hora menos que Florida. Rolo intenta avisar a la tripulación, pero el compartimento donde se encuentra, en el sector de la carga, queda cerrado. Escucha desde la cabina las voces de los astronautas que hacen los últimos arreglos. Rolo se desespera, quiere avisar que no pueden despegar, menos con él a bordo. Se da cuenta al final de que es él el único responsable del desastre del *Challenger* que trató de evitar. En el momento que la nave despega, segundos antes de la explosión, el tío Jorge, desde Santiago en 1998, lo vuelve al presente.

—Hola —escuché lejano.

Desperté en el banco del andén de la estación de trenes de Santa Familia con olor a aceite quemado, a pasado. Frente a mí ví a Charo con una sonrisa de tren, la que correspondía porque estábamos en una estación.

Charo no llevaba la polera de Iron Maiden que yo creía su banda preferida, sino una blusita de niña buena. Era bonita, con los ojos claros y el pelo muy corto. Por segunda vez en la misma semana y de la misma persona, me enamoré. Caminamos lentamente por todo el andén, con esos pasitos cortos y desganados que se dan cuando dos se gustan y pretenden estirar el tiempo.

—Te hice venir hasta aquí para algo especial —dijo ella.

—Yo también —respondí como un estúpido.

—¿También qué?

—También te escucho, quiero decir.

—Si deseas saber la verdad sobre Cacho Ramírez, antes me tienes que explicar por qué te interesa el tema.

Me registré el bolsillo de la camisa y le dejé enfrente de sus ojos la fotografía del

grupo de jóvenes, felices ante maletas y bolsos. Le indiqué con el dedo en la foto su propia cara, casi oculta, sorprendida por el lente de la cámara. Miró la fotografía con tristeza.

—Soy yo —dijo resignada—. Hace tiempo que no veía esa foto. Es la última.

—¿La última? —pregunté.

—De mi curso en el liceo. Es el segundo B del liceo Makario Cotapos, de Santa Familia. De eso hace tres años. Hace dos que dejé el liceo y a los amigos.

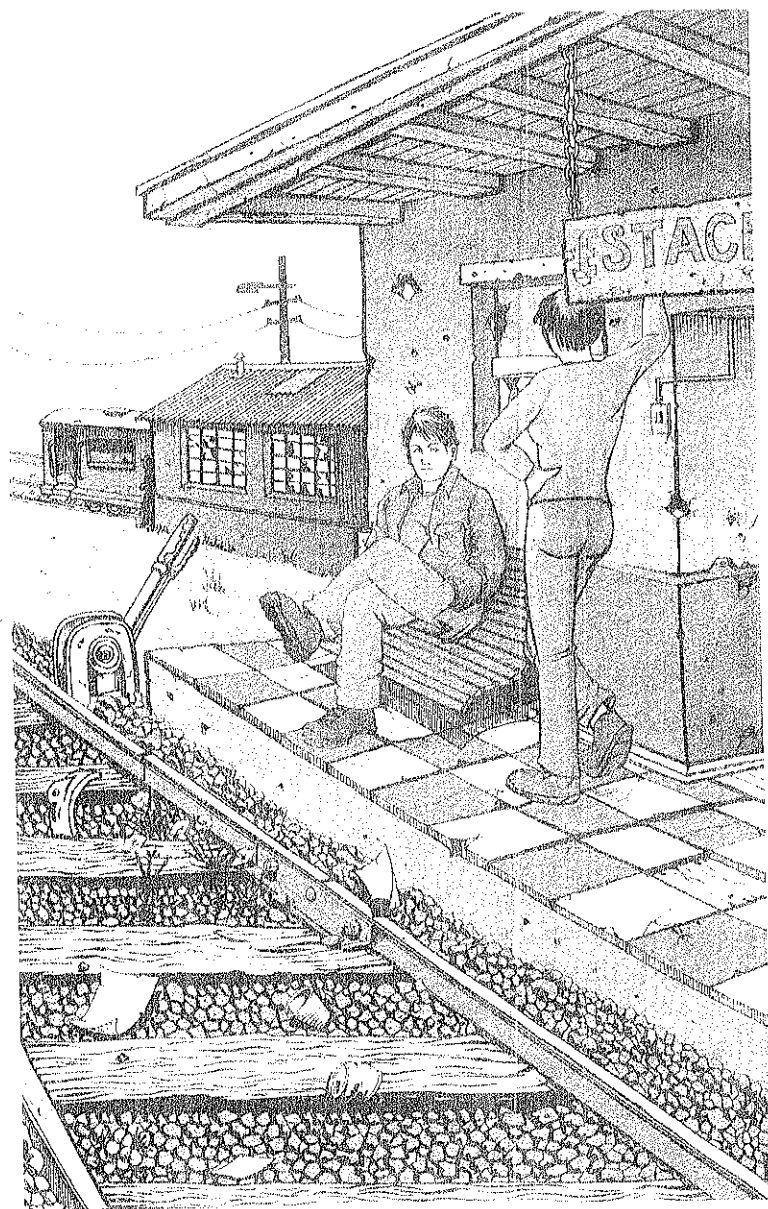
—¿Por qué?

—Antes, respóndeme la pregunta que yo te hice primero, ¿cuál es tu interés en esto?

Llegamos al final del andén, más allá todo estaba cubierto de pasto, de arbustos, de una flor naranja y amarilla que la Gertru llama californiana, que crece a la orilla de las vías de los ferrocarriles.

—Busco a Ramírez —dije—, porque me contrataron para hacerlo. Soy un detective privado y este es mi primer caso —el final me salió inflando el pecho como paloma.

Charo se rió con ganas, asunto que a mí no me hizo gracia. En el fondo, los hombres hacemos y decimos muchas cosas para agradar a las mujeres y luego ellas se ríen de nosotros.



—¿Y quién te contrató? —me preguntó cuando intentaba detener la risa aunque no lo conseguía.

—La dueña de una empresa de buses, la señora Gallardo. Necesitan al arquero antes del sábado para el último partido del Ferro Quilín.

—Justamente, ahí está el problema entonces —dijo Charo.

—¿Qué problema?

La pregunta quedó sin respuesta. Por el acceso de la estación aparecieron dos hombres con caras poco amistosas. Estiraron los brazos adelante, como zombies, intentando atraparnos. Charo gritó:

—¡Corre!

Por supuesto, hice todo lo contrario, quedé paralizado. Ella en cambio saltó hacia atrás y sin esperar se arrojó desde el andén a la vía. Al caer se dobló un pie, pero logró levantarse y correr por entre los vagones oxidados. En el fondo, aparecieron otros dos hombres que le cerraron el paso. Charo entonces intentó subir a una muralla, pero al comprobar que era imposible volvió corriendo hasta el andén, donde yo miraba todo como si fuera una película de acción que pasaba ante mis ojos. Con una rapidez increíble se

arrojó de cabeza al estómago de uno de los hombres, que se dobló de dolor. En ese momento, los cuatro nos rodearon. Yo me sentía un inútil, paralizado, sin saber qué hacer. Atraparon primero a Charo, que seguía resistiéndose. De mí no se preocuparon, como si no existiera. Charo me gritó, mientras la arrastraban afuera de la estación:

—¡Eres uno de ellos, tú los trajiste!

Uno de los tipos retrocedió, se acercó a mí y me ladró:

—¡Desaparece!

Un automóvil los esperaba afuera. Subieron y desaparecieron por calle Industrial. Permanecí sin moverme durante quince minutos, sin saber qué hacer, en medio de la estación abandonada, solo, como un astronauta flotando en el espacio.



Al otro día, la Gertru quiso llamar a un médico, dijo que yo tenía cara de enfermo y que toda la culpa era de ella por dejarme trabajar de detective privado. Debo haber estado pálido del susto del andén que todavía no se me pasaba, pero en realidad, más que mi salud, a la Gertru lo que le interesaba era que le contara lo ocurrido el día anterior; se moría de ganas por saberlo.

Las mismas ganas que le daban todos los días al seguir las telenovelas. La Gertru prefiere las de las dos de la tarde. Las telenovelas nacionales no le gustan, dice que son sólo para reírse y eso no puede ser, las telenovelas son para sufrir, tal como ocurre en la vida real donde todo es una gran sufridera. En las nacionales los galanes son todos muy jóvenes, unos niños que todavía no se afeitan.

A la Gertru le gustan los hombres peludos, como el sargento Suazo de la comisaría.

Aunque tiene otro novio secreto: Amador Alarcón, un librero de la plaza Ñuñoa. Para Gertrudis ambos pretendientes son muy distintos, y su hombre perfecto es la combinación de los dos. Uno representa la fuerza, el otro, la poesía.

No estaba dispuesto a contarle tan fácilmente todo lo ocurrido en la estación de Santa Familia; yo estaba analizando intensamente mi parálisis en el andén. ¿Por qué no hice nada para salvar a Charo? ¿Por qué no moví ni un dedo? Y peor todavía: ¿qué estaría pensando Charo de mí? Que era un cobarde, claro. O peor: que era un traidor.

Las cosas estaban complicándose, no sólo Cacho Ramírez era el desaparecido, ahora se sumaba el secuestro de Charo. Ambos hechos se relacionaban. La solución de cualquiera de los dos conduciría a resolver el otro. Esto me lo decía mi instinto detectivesco.

La Gertru seguía preguntándome por lo que había pasado el día anterior en Santa Familia, pero yo no quería contarle. Para convencerme, dijo que ella también tenía una pista a través de su comadre de Santa Familia. Averiguó que en el partido de fútbol del próximo sábado se apostaba mucho dinero, lo que aumentaba la sospecha de que el secuestro de Cacho era por motivo de dinero.

—Probablemente lo liberarán después del partido y de la derrota del Ferro Quilín —dijo, muy sentenciosa.

Yo escuché atentamente, pero no dije nada. Seguía preocupado por Charo y sin saber qué hacer. Desesperada, la Gertru intentó un cruel soborno: me ofreció ñoquis para el almuerzo si le contaba las últimas novedades. Acepté.

Después de comer los ñoquis, nos fuimos a ver las telenovelas para reposar el almuerzo. Cada dos minutos, sin despegar los ojos de la pantalla, sugeríamos en voz alta alguna hipótesis sobre el caso, pero todas resultaron absurdas. Mirábamos *Árbol torcido*, la preferida de Gertrudis. Al protagonista de la telenovela, un hombre pobre, casado con una mujer de familia adinerada, lo obligan a separarse de su mujer y dejar a sus hijos. El protagonista es madurón y canoso, con acento mexicano, que no es nada de extraño porque la telenovela es mexicana. El hombre llega todas las tardes a un parquecito, donde observa, a la distancia, a sus hijos que no le permiten ver. El hombre, triste y melancólico, los mira desde un árbol torcido, que le da el nombre a la telenovela. Como los galanes mexicanos son los hombres que le gustan a la Gertru,

con caras redondas, algo gordos y con abundantes pelos por todas partes del cuerpo. Cuando vimos al protagonista recostado en el árbol torcido, mirando a sus hijos, la Gertru lanzó un grito:

—Liceo Makario Cotapos, de Santa Familia, segundo B.

No sabía de qué estaba hablando y me quedé mudo. Ella agregó:

—Allí hay que buscar, en el Makario Cotapos, obvio.

De vuelta otra vez en Santa Familia revisé la dirección que había obtenido la Gertru de la guía de teléfonos. Desde Irasu, la calle principal, me ubicaba perfectamente. Caminé cinco cuadras hacia el poniente, hasta encontrar el liceo Makario Cotapos. En la puerta colgaba la bandera y en el otro lado el escudo con el huemul y el cóndor. En el centro del arco de la puerta, tallado en madera, aparecía la frase: «La educación es futuro». No era muy original, pero razonable. A mi papá le gustaba repetir frases parecidas, para el bronce; las memorizaba de un libro de frases célebres. Sus favoritas eran las de Gandhi y de Churchill. A Churchill siempre lo confundí con un famoso director gordo de cine, que filmó una película de pájaros enloquecidos que atacan a los hombres.

«La educación es futuro». Sonaba bien, como lo debido, lo que hay que hacer

para no terminar como el tío Jorge, el inútil, a quien todos critican porque es escritor de terror. Es la frase que supongo uno debe grabarse en la cabeza para no quedarse en la cuneta de la vida. Por ejemplo, yo mismo rendiré la Prueba de Aptitud Académica, estudiaré una carrera, me casaré, tendré hijos y los llevaré al colegio; y un día, durante el almuerzo, cuando estemos todos reunidos en la mesa, voy a repetir la misma frase: «La educación es futuro». El círculo se volverá a repetir. Aunque tal vez sea diferente, porque también les contaré de mis aventuras como detective privado, claro que ellos no me creerán ni una palabra.

En la entrada del liceo, un hombre de bigote me miró fieramente. Llevaba un libro bajo el brazo y una corbata amarilla que le brillaba en un terno azul.

—¿Su nombre? —preguntó, revisando el libro.

—Venía a consultar sobre un alumno —dije tímidamente. Todos los hombres con corbatas y ternos formales mal combinados me provocaban una intensa timidez.

—Llega atrasado —dijo el hombre—. El curso de nivelación está en el segundo piso, así que se me apura. La directora permitió

que usaran ropa de color; por mí, deberían venir con uniforme.

—No vengo a ningún curso de nivelación —traté de explicarle.

—Un rebelde. Mírelo. Treinta años llevo aquí como inspector y ni un rebelde ha podido conmigo, ¿sabe por qué? —los dos quedamos esperando la respuesta, pero después de un rato prefirió decir—: Ahora suba esa escalera y entre al curso de nivelación que le corresponda. Eso le pasa por no estudiar durante el año.

—Primera vez que entro a este liceo —dije desesperado.

—Con mayor razón, por inasistencia.

—Pero...

—Nada. Me sube la escalera antes de que me enoje. Treinta años aquí, no los voy a conocer como son todos ustedes.

Como me arrinconó en el pasillo no tuve otra opción que subir la escalera. En el segundo piso se abrió una puerta y un profesor me hizo entrar a su clase. Mientras me sentaba en un banco, los demás alumnos me miraban con caras de interrogación. Yo trataba de sonreír para no sentirme tan ridículo. El profesor disertaba sobre las diferencias entre las guerras Médicas y las Púnicas. Como

tampoco podía interrumpir la clase, decidí quedarme tranquilo, tratando de analizar mi mala suerte. Ahí estaba, de vuelta en el colegio en pleno mes de enero. La peor pesadilla del mundo es estar en clases durante los sagrados meses de vacaciones. Para mí esa pesadilla se había convertido en una realidad.

Escuchamos un timbre, salimos de la sala, pero no más allá del pasillo del segundo piso. No se nos permitía bajar al patio. Le pregunté a uno de los alumnos.

—¿Por qué el recreo no es en el patio?

El alumno era colorín, con manchas del mismo color por toda la cara. Me miró extrañado.

—Se nota que no eres del Cotapos —le habló entonces a uno a su lado—. Parece que están importando alumnos para nivelación de otros colegios.

—La verdad es que no soy... —comencé a decir, pero preferí no seguir con la explicación.

—No digas nada —ayudó el colorín—. La burra Montardi, a él se le ocurrió la idea, nada de recreos para los de nivelación, como castigo.

—Es injusto —dije sinceramente.

—Habla entonces con la burra Montardi, comprueba por tu cuenta por qué le dicen la burra.

Dejé pasar la injusticia educativa y preferí concentrarme en lo que me interesaba.

—¿En qué curso estás?

—Debería haber salido hace dos años del Makario Cotapos, pero me gusta repasar materias, profundizarlas, ¿me entiendes?

—Perfectamente. Entonces debiste conocer el segundo B de este liceo hace tres años.

El colorín me apartó hacia la ventana, su cara era de sorpresa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Ese curso egresó el año pasado, los pocos que pudieron egresar —susurró como contando un secreto.

—No entiendo.

—¿No sabes entonces del accidente?

—¿Qué accidente?

—No eres de aquí, se nota. El segundo B de hace tres años era un curso superior al mío. Al final de ese año, en diciembre del 94, organizaron un paseo a la costa, a unas cabañas que arrendaba el colegio cerca de Algarrobo. Viajaron por la noche y el bus que los llevaba se desbarrancó en una cuesta. Murieron tres alumnos y otros diez quedaron heridos. Salieron en los diarios y en las noticias de la televisión. Después del accidente, muchos no siguieron en el colegio.

Extraje la fotografía que llevaba en el bolsillo de la camisa y dejé que el colorín la revisara.

—¿Este es el segundo B? —pregunté.

El colorín la examinó con miedo, como si viera a un fantasma.

—Es la misma fotografía que encontraron y que salió en el diario. Uno de los alumnos la tomó antes de subirse al bus. Trae mala suerte andar con este tipo de cosas encima.

Le indiqué en la foto el rostro escondido de Charo.

—¿Te acuerdas de ella?

—Más o menos. Era de un curso superior al mío. De ella poco me acuerdo, pero sí de su hermana.

—¿La hermana?

El colorín indicó a una de las niñas sonrientes del grupo en el borde de la fotografía. Se parecía a Charo.

—De ella me acuerdo —dijo el colorín—, fue una de las que murieron en el accidente y eso no se olvida fácilmente.

Esto de ser detective privado es más difícil de lo que imaginaba. Todo parecía enredarse y complicarse. La Gertru tenía razón: cuando más se busca la verdad de algo, más se descubren mentiras. Eso es ley.

Todo eso pensaba mientras iba recostado en el asiento del colectivo de regreso a la casa, con Julito Videla en la radio explicando que fumar hacía mal al corazón, que el suyo debió sufrir las consecuencias de dos cajetillas diarias. Una auditora le respondió: «Fuerza, Julito, yo era de tres diarias y ahora estoy en una». El chofer me miró, yo era su único pasajero, movió la cabeza con los ojos llorosos y dijo: «Este Julito, tan buen animador y con ese problema al corazón. Nadie está libre. Si le ocurre a la gente famosa, imagínese qué queda para uno».

En ese momento el colectivo comenzaba a doblar por la placita del Alférez Mayor y

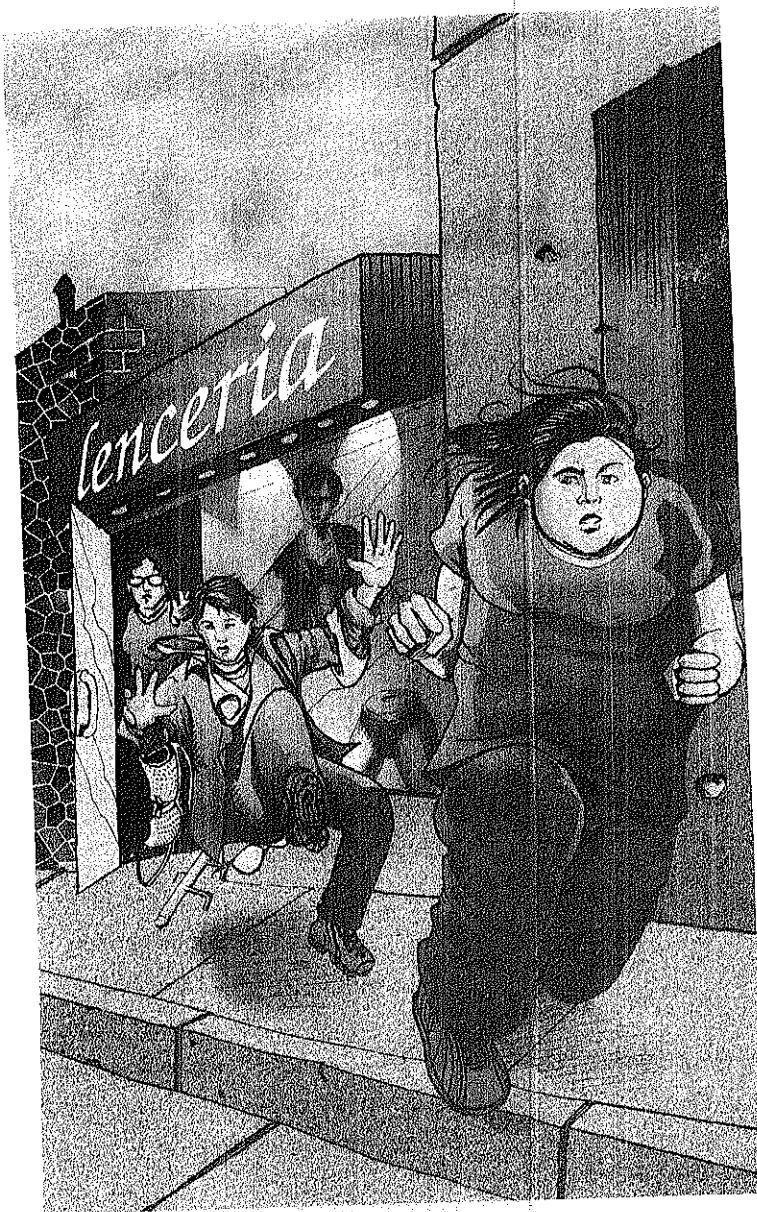
salía del barrio por Sargento Aldea hasta Vicuña Mackenna. Miré hacia los acacios de la plaza y vi caminando por la vereda, paralelo al colectivo, al gordo de pelo largo, el mismo que me recibió ese día en el descampado de la industria Bayer junto al grupo de Charo. Hice detener al colectivo, que frenó espectacularmente. Abrí la puerta y estiré una mano hacia adelante. El gordo reaccionó enseguida, su cara se abrió de sorpresa, me reconoció, retrocedió unos pasos antes de comenzar explosivamente a correr por calle Irasu. Lo seguí. Entró a una galería comercial, con tiendas de ropa usada y asadería de pollos. El gordo era rápido, zigzagueaba entre la gente, moviendo ágilmente el cuerpo. Al final de la galería entró a una tienda. Allí se acababa su carrera, no tenía escapatoria. Dejé de correr, caminé calmado. Era una tienda de lencería, todo era blanco, con ropa interior femenina colgada por todas partes y maniqués semidesnudos. Cuando entré, las señoras que se encontraban en el lugar se dieron vuelta a mirarme. Busqué al gordo; no se veía, pero estaba allí. Me recibió una señora con unos anteojos enormes. Para disimular le dije:

—Busco un regalo para mi hermana.

—¿Algo especial?

La pregunta me confundió. Sabía que el gordo se escondía y no lo iba a dejar escapar por una discusión sobre prendas íntimas.

—Sofía, mi hermana —le dije a la señora—, tiene dieciocho años. Es rellenita —no mentía, Sofía era así, aunque se pondría furiosa si me escuchara describirla como «rellenita». La mujer de los lentes grandes me miró tiernamente, como si yo fuera el mejor hermano del mundo. Comenzó a buscar algo especial que regalarle. Aproveché para recorrer minuciosamente la tienda. Cuando me acerqué al probador me detuve. Vi la punta de unas zapatillas, sucias y viejas, asomándose por debajo de la puerta. Iba a abrirla cuando la puerta se batió con fuerza y me golpeó el pecho. Caí hacia atrás, derribando dos maniqués y empujando a una señora de edad que miraba una camisa escotada. El gordo saltó sobre nosotros y volvió a huir hacia la calle. Lo seguí, pero esta vez la ventaja era mayor y lo perdí entre la multitud que caminaba por Irasu. Me detuve al frente de un local de video juego, respiré con fuerza, sin aire. Di la vuelta y me encontré, a pocos centímetros, con dos carabineros que me miraban y arrugaban la nariz, mientras la señora de la tienda, la de los lentes gigantes, me indicaba y decía:



-Es el ladrón de ropa interior.
Sonreí como idiota. De mi cuello col-
gaban dos calzones y un sostén que había
arrastrado en mi caída un rato atrás.

La Gertru lloraba desconsoladamente, mientras el sargento Suazo la abrazaba en el retén de calle Carriel Sur en Santa Familia. Me sentía como un criminal en sus últimas horas antes de la ejecución. La Gertru dijo:

—Todo es mi culpa, yo le metí en la cabeza ese curso por correspondencia, ahora Quiquito cayó en la cárcel.

El sargento la consoló:

—No es para tanto. Lo registrarán en el libro y lo dejarán ir con nosotros.

—Pero se le mancharán los antecedentes para siempre —volvió a llorar la Gertru—. Cómo le explico después a la mamá. A esta hora debería estar en Concón jugando con sus primos y no en la cárcel.

La conversación siguió, como si yo no estuviera allí presente.

Al final todo se arregló. Gracias al sargento Suazo volvimos en un auto policial a

mi casa en Ñuñoa. No aceptaron que llegáramos con la baliza encendida como se los sugerí para impresionar a los vecinos.

La Gertru no me habló durante varias horas y yo me sentí solo en el universo. Me fui a acostar sin ganas de comer. Necesitaba pensar. Llegué hasta mi dormitorio y cerré la puerta. Tampoco tenía ganas de ver televisión. Me estiré sobre la cama y miré el techo durante una hora.

En la cabeza tenía todo. Charo hacía tres años había sufrido un accidente serio camino a la costa en el que murió su hermana y ahora estaba secuestrada por desconocidos. Todo esto se unía misteriosamente a la desaparición del arquero volador, símbolo del equipo del Ferro Quilín, quien, si no aparecía en dos días más, haría perder una fortuna a la propietaria de una empresa de buses y de un equipo de fútbol; y de pasada me haría perder mi primer caso como detective. Por lo menos estaba seguro de que la clave estaba en descubrir la relación entre Cacho y Charo; si encontraba esto resolvía el caso, me pagarían lo que correspondía, rescataría a Charo y la Gertru me volvería a hablar.

Acostado, mirando el techo, pensé en mi familia; comenzaba a extrañarlos. En mi

casa de Ñuñoa vivíamos mi mamá, mi papá, mi hermana Sofía, la Gertru y yo. Mi hermana, en el fondo, no era una mala persona, a pesar de que no nos llevábamos bien. Quien tenga una hermana mayor sabe de lo que estoy hablando. Para ella yo soy sólo un niño. La existencia de Sofía tiene valor sólo por dos cosas: el Opel Corsa que le compró mi papá, para ir a la universidad en su primer año y salir por la noche sin tener que llamar para que salieran a buscarla en la madrugada, y Petete. Petete es el pololo de Sofía. Nadie en la casa lo soporta. Es actor. En realidad sólo ha aparecido en algunas telenovelas nacionales. Petete se cree Robert de Niro, su ídolo máximo. Los papeles en los que ha trabajado en la televisión son insignificantes, no más de una frase. Petete nos obliga a mirar capítulos enteros de las telenovelas para verlo decir: «Pase. La señora lo espera»; nada más. En una ocasión trabajó de extra en Sábados Gigantes. Además de estudiar teatro, Petete no tiene otra ocupación. Mi hermana, por supuesto, lo adora y le ha grabado todas sus apariciones en la televisión. Nunca voy a entender a las mujeres; para mí es como estudiar química, como entender una molécula de carbono rodeada de átomos. La química escapa a mi

comprensión, es un misterio absoluto. Lo mismo las mujeres.

Comencé a dormirme sobre la cama y los pensamientos giraron hacia las típicas incoherencias, por ejemplo: mezclar un auto fórmula uno, mermelada de mosqueta y un viejo pascuero en Nueva York. Son esos momentos en que la cabeza funciona de otra manera. Entonces escuché, lejano, un ruido sobre el cristal, unos golpecitos suaves sobre el vidrio de mi ventana. Abrí los ojos. Todo estaba igual en el dormitorio. Aproveché de quitarme los zapatos para acostarme definitivamente. Pero otra vez volvió el golpe en la ventana. Abrí la cortina y al otro lado encontré la cara redonda y grande del gordo, el mismo que había perseguido por la tarde, el culpable de hacerme pasar mi primera hora en la cárcel. El gordo me miraba con ojos de santo y el pelo largo revuelto delante de su cara.

—Mi nombre es León —dijo cuando abrí la ventana y asomó la cabeza—. Te quería pedir disculpas, por lo de esta tarde.

—¿Por qué te arrancaste cuando me viste? Sólo quería hacerte unas preguntas.

—Me dio miedo, te confundí con otros y pensé que venían por mí.

—¿Quiénes son los otros?

—No lo sé muy bien. Charo lo sabe, pero creo que a ella la atraparon porque no ha aparecido en dos días.

Dejé entrar al gordo a mi dormitorio. Lo primero que hizo después de subir por la ventana, fue pedirme algo para comer. Salí a la cocina. Calenté el arroz con vienesa que no había probado. Agregué un sandwich de jamón y queso. El gordo se lo comió todo con increíble rapidez. Mientras masticaba, le expliqué que estaba intentando averiguar lo de Cacho Ramírez porque me habían contratado para hacerlo.

—¿Contratado? —preguntó con la boca llena.

—Sí, como detective.

—¿Detective? —el gordo no pareció impresionarse. No hizo comentarios, en cambio dijo—: Hacía dos días que no comía.

—Ahora que estás alimentado, por qué no me aclaras lo que está ocurriendo.

El gordo se echó para atrás en la silla y dijo:

—Charo podría explicártelo, yo no soy bueno para explicaciones.

—Empecemos por el principio —dije, intentando organizar la confusión.

—Charo, yo y los demás venimos de un hogar.

—¿Hogar de menores?

—Niños con problemas de comportamiento. No nos quisieron en el colegio o teníamos problemas en las casas.

—¿Viven allí?

—Es el Hogar Isabelita Astaburuaga, de Santa Familia. Charo llegó allí porque tenía problemas en el liceo. No se ha podido recuperar desde el accidente donde murió su única hermana.

—¿Qué relación existe entre ella y Cacho Ramírez?

—Los detalles no los conozco, ella los sabe. En el Hogar todos conocemos a Cacho, es un buen tipo.

—¿Por qué lo conocen?

—Nos visitaba en el Isabelita Astaburuaga. A veces nos traía regalos y nos enseñaba a atajar en una canchita que tenemos en los patios. Charo y él eran amigos, hablaban mucho. Nada más sé del arquero.

Miré la cara del gordo encogiéndole los hombros. Por fin veía algo de luz al fondo del túnel.

—¿Sabes dónde puede estar Cacho Ramírez? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Y Charo?

—Tampoco.

—¿Tienes alguna pista?

—Creí que el detective eras tú. —Se recostó en un sillón del fondo del dormitorio y bostezó—. Estoy muriéndome de sueño.

—Sí —dije pensando en otra cosa.

—Supongo que puedo quedarme a dormir aquí en el sofá, sólo necesito una frazada.

Antes de que yo respondiera se acomodó. Dos minutos después que cerrara los ojos, el gordo León se quedó dormido.

Nos levantamos temprano al otro día. A la Gertru se le había pasado el enojo y decidió recibirme con panqueques para el desayuno. No esperaba que apareciera también el gordo León, pero después de esa semana cualquier cosa era posible. Nos sentamos los tres a comer. Los panqueques desaparecieron rápidamente en la boca del gordo. Mientras desayunábamos pusimos al tanto a la Gertru de los últimos acontecimientos.

Decidimos que antes de avisar a los carabineros del secuestro de Charo, debía conversar por última vez con la señora Gallardo de la empresa de buses. Reconocería ante ella que las cosas se habían complicado y que no podría cumplir con mi parte, es decir, encontrar a Cacho Ramírez antes del sábado.

León nos contó, mientras se terminaba los últimos panqueques, que Charo había averiguado mi dirección, así él me había encontrado.

—Creo que le caes bien a Charo —dijo el gordo y la Gertru sonrió y me guiñó un ojo. A veces la Gertru se porta como retrasada mental.

Como León no tenía dinero para regresar, nos fuimos juntos al centro en una micro amarilla demorosa, pero que nos dio tiempo para conversar, mientras el calor de la mañana mataba, con el cielo despejado y de un azul intenso. La micro se fue por Grecia, por una pista especial para la locomoción. Cuando pasamos frente al Estadio Nacional, León comenzó a hablar:

«Cuando mis papás se separaron debía dormir una semana en la casa de mi mamá y otra en la de mi papá. Todo lo tenía doble: ropa, dormitorio y casa. Es malísimo cuando los padres se separan y uno queda entremedio. A mí me afectó en el colegio, bajé las notas y no quería estar en clases. En los recreos saltaba la ventana de la enfermería y salía a la calle. Recorrí el centro de Santiago tardes enteras. Me hice amigo de otros que andaban vagando como yo. Pero no hacían la cimarra; pedían limosna o cantaban en las salidas del metro. Nos reuníamos en el paseo San Agustín y caminábamos todo el día, sin nada que hacer. Aprendí a fumar con ellos y un día uno

se consiguió marihuana con un viejo en los pool de arriba del cine Nilo, en calle Monjitas. Me reí mucho con la marihuana. Otro día vimos un asalto a un banco en Huérfanos. No fue un asalto como el de las películas, sino todo lo contrario. Un señor, que después nos enteramos era un profesor jubilado, entró a robar en la sucursal bancaria. Dejó un papecito con el cajero, amenazándolo y pidiéndole plata. Luego salió corriendo con el dinero, pero casi enseguida lo atraparon los carabineros. Vimos como se lo llevaban. Lloraba y repetía para que lo escucháramos, que lo único que quería comprar con la plata era un colchón *box spring* porque quería dormir bien los últimos años de su vida. Fue triste, nadie comentó nada. Ese mismo día, un viernes, yo debía llegar, como todos los viernes por la tarde, hasta el Faro de Apoquindo. Frente al McDonald's. Allí me pasaba a recoger mi papá o mi mamá, para llevarme a la casa que correspondiera. A las siete de la tarde llegué al Faro. Esperé tres horas, pero ninguno de los dos apareció. Una señorita amable del McDonald's me regaló una hamburguesa con queso y un vaso de Coca-Cola. Nadie apareció ese día. Se les olvidó recogerme. Entonces volví al centro en una micro.

Encontré a mis amigos, pero no estaban tan amistosos: decían que yo no era como ellos, que nunca podría serlo porque tenía casa y comida. Los seguí hasta la Plaza de Armas, adonde estaba un viejo como de ochenta años que se creía el arcángel Gabriel, el mensajero de Dios. «Hace años, siglos, que Dios no quiere anunciar nada, no me ha llamado. Por eso duermo aquí, en la plaza.» Hablaba bonito y nos llamó «mis querubines». Luego llegamos por calle Moneda hasta una galería comercial antigua donde nos quedamos. Dormimos en un portal, apretados unos con otros para no sentir frío. Como a las cuatro de la madrugada nos despertaron los carabineros y carabineras. Nos llevaron a la calle donde nos esperaba un bus policial. Mis amigos iban felices en el bus, conversando y contando chistes porque estaban acostumbrados. A mí, en cambio, era primera vez que me detenían. Al otro día me fueron a buscar mi papá y mi mamá. El recorrido en el auto a la casa fue en un silencio de cementerio, ninguno de los tres dijo una palabra. En la casa ambos se encerraron en un dormitorio a discutir, mientras tanto yo encendí el televisor con el volumen muy alto. Una semana después llegué al Isabelita Astaburuaga. Charo fue la

primera persona que me recibió con una sonrisa. El Hogar era muy bueno, a uno lo trataban bien, sin restricciones. A veces salíamos con Charo y otros a recorrer el barrio. Así fue como conocimos a Cacho Ramírez. Charo decía que Cacho era uno de los nuestros porque también tenía problemas».

Después de que León hablara arriba de la micro, nos quedamos en silencio. Recorrimos la Alameda. Pasamos frente a La Moneda y a la torre Entel. Nos bajamos en la estación Los Héroes. Caminamos por San Martín hasta el terminal de buses de Intermar. Desde allí salían buses hacia la costa cada quince minutos.

El gordo me dejó en la puerta del terminal. Regresaría al Hogar en Santa Familia para saber si había novedades con respecto a Charo. Me entregó un número de teléfono. Nos estrechamos las manos y sonreímos. Él dijo «gracias», con una voz suavcita. Se fue por la calle con las manos en los bolsillos y la melena larga al viento.

La secretaria de la gerencia de Inter-mar me recibió sin mucho interés. Debía esperar porque la señora Gallardo estaba ocupada en una reunión importante y no me podía atender enseguida. Respondí que la esperaría. No tenía nada más que hacer y prefería hablar con ella, olvidarme del trabajo y del cheque prometido.

Desde el tercer piso de la empresa se veía lejana la Alameda llena de automóviles. Abajo, en el terminal, los buses de color plateado, con una gran franja amarilla en el costado, entraban y salían ininterrumpidamente.

En el recibidor, colgado en la pared, se exhibían fotografías de los distintos buses de la empresa a través de diferentes épocas. En algunas fotografías reconocí a don Chemo Gallardo; en las más antiguas aparecía joven, alegre y vigoroso; en las más recientes se veía

viejo y enfermo. En las últimas lo acompañaba su hija Rosaura.

Me senté en el sillón del recibidor, mientras escuchaba lejana la voz de la secretaria contestando el teléfono. Sentí que comenzaba a quedarme dormido, cuando una de las fotografías que tenía enfrente brilló en forma distinta, como cuando se descubre una idea en el fondo de la cabeza que llega a rebotar al centro del estómago. Algo me pareció sospechosamente conocido. Revisé la fotografía que llevaba en el bolsillo de mi camisa, la que obtuve de la pensión de Cacho Ramírez y que mostraba al grupo de estudiantes, los bolsos de viajes, a Charo semioculta y a su hermana muerta. Detrás de todos ellos aparecía el autobús con los mismos colores combinados de algunas de las fotografías de buses que tenía adelante, en los pasillos de Inter-mar. Me acerqué a una de esas fotografías y desde allí le pregunté a la secretaria por un bus color crema con una franja azul.

—¿Este es un bus de la empresa?

—Era. Ahora el color oficial es plateado con amarillo. Yo opino que se ve mejor ahora, son colores más elegantes y modernos.

Indiqué insistente en la fotografía de la pared:

—¿Pero dónde están éstos, los de color crema con azul?

—Quedaron obsoletos y la gerencia decidió cambiarlos. Compramos buses nuevos, directamente de Alemania. A la señora Gallardo se le ocurrió el cambio. Con don Chemo estuvimos cuarenta años con los mismos colores, pero con la señora Gallardo ahora todo es diferente en esta empresa.

—¿Para mejor o peor los cambios?

—Por supuesto para mejor. Míreme a mí: tengo un computador en mi escritorio que trae Internet. Todavía no sé cómo ocuparlo y tampoco creo que tendré necesidad de esos adelantos, pero el tenerlo es lo importante, eso es progreso, modernidad, ¿me entiende?

—Déjeme adivinar, los buses antiguos de color crema y azul cambiaron hace tres años, cuando se murió don Chemo.

—Así nomás fue.

La secretaria recibió un llamado telefónico y dejó de interesarse en mí. Di una vuelta por todo el recibidor. Me entretuve mirando por la ventana hacia abajo. En un costado de los estacionamientos observé una camioneta con los colores de la empresa. El chofer de la camioneta se paseó revisando

unos papeles y antes de subir otra vez lo reconocí: era uno de los hombres que habían secuestrado a Charo ese día en la estación de trenes de Santa Familia.

Desde atrás escuché una voz:

—La señora Gallardo lo va a recibir ahora, joven, se acaba de desocupar de la reunión —la secretaria levantó los dedos como si tocara un botón de ascensor invisible frente a sus ojos.

—Ahora no puedo —dije corriendo hacia la escalera.

La secretaria quedó con la cara seca y sorprendida.

Bajé corriendo los tres pisos. Sabía que no alcanzaría la camioneta. Llegué hasta los andenes, pero el vehículo salía en ese momento por calle San Martín. Me acerqué a un hombre que barría con una cotona azul, en su espalda llevaba impreso: «Intermar/Limpiar es ayudar».

—¿Qué pasó con la camioneta que estaba en este estacionamiento? —pregunté.

—Se fue —dijo sin dejar de mover la escoba.

—Necesitaba esa camioneta.

—Si es por encomiendas, por la tarde vuelve a recoger otros envíos.

—¿Era una camioneta de encomiendas?
—pregunté. La necesitaba y no sabía ni siquiera qué era—. En realidad buscaba al chofer.

—No lo conozco. Desde que don Chemo, el dueño de todo esto, se murió, esta empresa ha cambiado mucho. Antes todos los empleados nos conocíamos y éramos amigos. Al final del año celebrábamos la Pascua en Fantasilandia.

Me interesó el tema así que le pregunté:

—¿Es diferente con la señora Gallardo?

—No le voy a decir nada, imagínese que usted es un espía, seguro que el lunes próximo, a primera hora, quedo sin empleo, y ahora más que nunca hay que cuidar el trabajo. ¿Sabe por qué hay que cuidarlo?

—Porque... —traté de contestar, pero cambió rápidamente de tema.

—Hay que reconocer que con la señora Gallardo este terminal se ve mucho mejor que antes, está refaccionado y pintoso; antes era feo y oscuro. Ella ha puesto orden, pero al mismo tiempo hemos perdido las ganas de trabajar aquí, entre amigos. Ahora hay gente extraña que no se sabe de dónde viene, como aquel chofer que usted busca. Maneja esa camioneta de encomiendas, recoge los sobres y paquetes desde aquí del terminal y los

lleva dos veces al día a la bodega central de la empresa, y le apuesto que por ese trabajo gana el doble de lo que gano yo barriendo.

—¿Dónde queda esa bodega?

—Se nota que conoce poco a Intermar.

En la «Granjita».

—¿La Granjita?

—Así se llamaba la casa donde vivió don Chemo, pero cuando se murió la demolieron, en su lugar levantaron bodegas.

—¿Dónde está la «Granjita» entonces?

—En el barrio en el que don Chemo vivió toda su vida: Santa Familia.

Nos juntamos con la Gertru en la salida del metro Baquedano, ahí donde se celebra cuando la selección de fútbol gana, pierde o empata. Lo primero que ella me preguntó fue si había almorzado. Mentí. Le dije que había comprado un plato de puré con huevos y cebollas fritas en un restaurante de la plaza Italia. Ella arrugó la nariz y no siguió con el tema, tampoco me creyó.

La Gertru venía muy elegante. Cuando salía a pasear le gustaba arreglarse, sobre todo cuando la invitaba uno de sus novios, el poeta o el carabinero. El poeta le pedía que no se pintara los labios porque era poco natural. En cambio, el sargento Suazo le compraba perfumes y ropas, aunque nada muy escotado. A la Gertru le encantaba usar vestidos cortos, minifaldas, porque todavía era joven y la miraban en la calle. Cuando paseaba le silbaban, pero ella se hacía la desentendida,

como si no escuchara nada, caminaba como un bote, sin mirar a nadie.

Gertrudis Astudillo venía de Temuco en el sur. Cuando yo era más chico una vez me llevó a su ciudad natal para las vacaciones de invierno. Su casa estaba en un lugar llamado Padre Las Casas, un barrio que comenzaba después del puente sobre el río Cautín. En la ciudad, durante la noche, llovía, pero en el día sólo quedaba nublado. A mí el viaje me gustó mucho. Conocí a todos los hermanos y sobrinos de la Gertru; con ellos íbamos a jugar cerca del río, y una vez nos fuimos de excursión al cerro Ñielol. También me enteré con ese viaje que allá en Temuco, a la Gertru la esperaban otros dos novios que mantenía en secreto: un profesor de educación básica y otro que trabajaba de portero en el estadio municipal y que nos dejó entrar gratis a ver un partido del equipo local, Deportes Temuco, con la Universidad Católica de Santiago.

Después de dos semanas regresamos a la capital en tren. Fue un viaje muy entretenido. Subimos al tren como a las ocho de la noche y llegamos a Santiago al otro día, a las diez de la mañana. Cenamos en el coche comedor. En el coche dormitorio conocí a una austríaca que venía de Chiloé y que recorría

el mundo buscando a un hombre perfecto para casarse. Según ella no lo había encontrado después de recorrer casi todo el mundo, hasta que llegó a Chonchi; allí conoció a un pescador chilote del que se enamoró. Por eso volvía a Santiago, para llegar pronto a Viena, donde era dueña de una fábrica de trajes de novia. Vendería la fábrica y retiraría todos sus ahorros del banco para regresar pronto a Chonchi con su pescador.

Lo único que no me gustó del regreso en tren fue cuando la Gertru comenzó a roncar mientras todos dormíamos en el vagón. La hacían callar, pero ella como si caminara por la calle y le silbaran desde los andamios de un edificio en construcción. No le importó nada. Cuando despertamos al otro día, los pasajeros nos miraban con caras de odio. Ella para disculparse sólo dijo en alta voz antes de bajar: «Tengo un problema en la tráquea».

A la Gertru le conté todas las novedades de Intermar, pero a ella no pareció importarle. Dijo que la solución al problema del arquero y de Charo la tenía en sus manos, anotada en una dirección que llevaba en un papel. Y además, sabía que la señora Gallardo era una mentirosa. Había hablado con su comadre Luisa que trabajaba en la oficina de un abogado y le

había explicado que eso de los testamentos era cosa de películas. Son los hijos los que heredan la fortuna de los padres cuando son viudos, como era el caso de Don Chemo.

—¿Seguro, Gertru?

—Segurísimo, Quique.

«Qué vieja gorda y maldita», pensé. «Y son sus propios empleados los que secuestraron a Charo».

Bajamos por el parque Bustamante con gente sentada en el pasto refrescándose del calor de la tarde. Desde ahí se veía el edificio de la CTC, que debe ser el más moderno de Santiago, como el de una película de ciencia ficción. Mi mamá dice que el edificio es horrible, que parece un celular gigante, y no combina con su entorno. En cambio, mi papá opina que en unos años más todos los edificios de la ciudad serán como el de la CTC.

Doblamos por una calle estrecha, casi sin veredas, con departamentos apretados. En una puerta, la Gertru apretó el botón del citófono. Cuando contestaron ella le habló a la pared:

—Gertrudis Astudillo, busco a la señora Magaly.

—Suba —dijo la voz deformada del citófono.

En el tercer piso se abrió una puerta y una señora muy arrugada nos saludó fumando. Cuando me vio preguntó:

—¿Y este caballerito?

—Viene conmigo, señora Magaly —respondió la Gertru.

A pesar de que todavía existía luz natural, el departamento entero estaba oscurecido por cortinas cerradas. En todas partes estaba lleno de plantas y cuadros extraños que parecían dibujos egipcios.

—Arcanos —dijo la señora Magaly cuando me detuve a mirar uno de los cuadros.

Llegamos hasta un rincón donde la luz de una lámpara caía sobre una mesa con un mantel negro. Nos sentamos alrededor de la mesa y esperamos.

—Tengo que concentrarme, Gertrudis, eso es muy importante.

—No se preocupe —dijo la Gertru—, esperamos.

La señora Magaly se concentró, cerró los ojos y pareció que rezaba. Movi6 la cabeza de lado a lado. Después de quince minutos en que no pasó nada y yo comenzaba a quedarme dormido, la señora Magaly aún con los ojos cerrados habló:

—Estoy lista, empecemos —su voz era



diferente, parecía salir de una radio FM que llevaba en la garganta. Nosotros con la Gertru nos sobresaltamos y comenzamos, cada uno, a arrepentirnos de estar sentados allí.

—¿Nombre del interesado? —preguntó la señora Magaly.

—Cacho Ramírez, arquero —respondió la Gertru.

Esperamos otros diez minutos para que la señora Magaly volviera a hablar sin abrir los ojos:

—Lo veo, está vivo.

—Está vivo —repitió la Gertru para que yo escuchara, aunque yo lo hacía perfectamente.

—Lo estoy viendo rodeado de mucho mar, en una playa del litoral central... mar, mucho mar —parecía más concentrada que nunca.

—¿Podría ser más específica? —pregunté, pero la Gertru reprobó mi pregunta con una mirada. Volví a esperar hasta que la señora Magaly dijo:

—No puedo detallar nada más.

—Está bien —dijo la Gertru.

Nos levantamos y la señora Magaly pareció despertar del trance. Sonrió como si no hubiera pasado nada.

—Eso sería todo —concluyó y sin dejar de sonreírnos, como un animador de la televisión, agregó—: Por ser ustedes y lo difícil del encargo, son cinco mil pesos.

Pagamos y salimos del departamento con la extraña sensación de haber sido estafados.

Decepcionados nos fuimos al Bravísimo de Providencia a tomar helados. La tarde se agotaba y ninguno de los dos quería regresar todavía a la casa. Yo seguía preocupado por Charo y me sentía un inútil con ganas de abandonar para siempre mi breve carrera de detective. Para estos momentos de incertidumbre y depresión no hay como los helados. De eso estoy seguro. De manera que pedí la copa especial de pistachos y cremaextra. Y conversamos con la Gertru sobre el futuro.

A mí me gustaba hablar con ella sobre esas cosas y creo que nos entendíamos. Por ejemplo, me confesó que siempre quiso ser azafata, pero nunca tuvo la plata ni las ganas de estudiar. Había llegado a Santiago a trabajar dejando a sus amigos y novios en Temuco. Yo le dije que probablemente terminaría estudiando en la universidad, tal vez leyes, porque mi papa siempre decía que hacía falta un

abogado en la familia. Personalmente no quería estudiar algo como leyes porque me parece muy aburrido. La Gertru me indicó con un dedo y dijo:

—Entre lo que los demás quieren y lo que uno quiere hay un lugar entremedio en el cual las decisiones las toma uno.

Yo no le entendí mucho, ella habla así, siempre con respuestas para todo.

Mientras estábamos en el Bravísimo, me levanté y pedí el teléfono. Me comuniqué con León en el Hogar Isabelita Astaburuaga para saber de novedades con respecto a Charo. No había ninguna, así que nos pusimos de acuerdo para lo que teníamos que hacer esa noche.

—Me acordé de algo que puede ser importante con respecto a Cacho —dijo León por teléfono.

—¿Qué?

—Un día, entre todos, le preguntamos a Charo sobre el arquero, por qué ambos eran tan amigos y por qué él nos ayudaba. Charo respondió eludiendo un poco la pregunta, dijo que Ramírez tenía problemas, vivía en el barrio, solo, lejos de su familia. Durante siete años había manejado buses, pero los había dejado por el fútbol.

Algo del pasado de Cacho me hizo sentido en ese momento. Las piezas del rompecabezas comenzaban a calzar.

—¿Manejaba buses? —pregunté a León.

—Era su ocupación antes de convertirse en arquero.

—¿En qué línea de buses?

—No, eso nunca lo dijo.

Nos despedimos, aunque yo sabía la respuesta.

Esperé que la Gertru se cansara de hablar y llegara la hora de la telenovela de media tarde. Entonces habló:

—Me voy para la casa. Si te vienes conmigo te preparo un fantasmal con unas galletitas de avena.

Traté de que la mentira no se me notara:

—Me quedo por aquí, no quiero llegar tan temprano a la casa. Voy a dar una vuelta por Providencia.

Por supuesto ella no me creyó. Como actor yo era pésimo. Nos despedimos en el metro de Manuel Montt. Todavía el sol estaba manchado, iluminaba de lado los edificios de Santiago y yo lo único que quería era que oscureciera pronto.

En las calles de Santa Familia se anunciaba el partido del día siguiente. Todo estaba preparado y se presentía el ambiente de fiesta, pero también de desánimo por la suerte del equipo local, el Ferro Quilín.

Gasté el dinero en un taxi que me dejó detrás de la villa Lomas de San Clemente. En un parque me senté a esperar, pensando cualquier cosa para hacer pasar el tiempo. Me dormí enseguida sentado en el banco y desperté una hora más tarde. No quedaba gente en la calle y por el parque un señor paseaba a diez perros, todos unidos con diferentes correas. El señor debía tener mucha fuerza porque los perros querían escapar cada uno en direcciones diferentes.

—¿Son todos suyos? —le pregunté cuando pasó a mi lado.

—Cómo se le ocurre, no me alcanzaría la plata para alimentarlos a todos y tampoco

me alcanzaría la paciencia. La verdad es que a mí los animales no me gustan. Me gustan los loros que hablan, éstos son los únicos animales que me gustan.

Indiqué a los perros que ladraban y se mordisqueaban:

—¿Entonces por qué los lleva?

—Es mi trabajo: paseador de perros. Todos éstos vienen de la villa que se ve allá, sus dueños me pagan para pasearlos todas las tardes, pero como le dije anteriormente, a mí los animales no me gustan.

Aproveché para preguntarle:

—No soy del barrio; busco la oficina de encomiendas de Intermar.

—¿Los buses Intermar?

—Esos mismos.

—Después de la rotonda aparece la cuadra de las bodegas, allí están las de Falabella y Tricot, y también la bodega de los buses.

—Muchas gracias.

El paseador de perros siguió haciendo fuerza con los brazos para que no se les escaparan los animales.

Caminé hasta la rotonda y seguí el círculo hasta encontrar la calle de las bodegas. Estaba oscureciendo y comenzaba la noche fresca de Santiago en verano. La bodega, donde

alguna vez estuvo la «Granjita» de don Chemo Gallardo, era una construcción parecida a un hangar de aviación, con un letretero en la entrada donde decía: «Empresas Intermar». Detrás de un cerco se veía un guardia y más atrás dos empleados en una oficina, mirando un partido de tenis en la televisión. Los reconocí enseguida, eran los mismos que habían secuestrado a Charo en la estación abandonada. Lo aconsejable en esos momentos era buscar un teléfono público y llamar a los carabineros, pero preferí lo más complicado. Permanecí escondido en la oscuridad del edificio al frente de las bodegas, pensando cómo entrar.

Unos minutos después, por el inicio de la cuadra, apareció una mujer arrastrando un carrito iluminado por una lámpara a gas. En el carrito llevaba una sartén con aceite hirviendo donde zambullía unas masas amarillas que se transformaban rápidamente en sopaipillas, que luego colgaba de un gancho. Los cuidadores de las bodegas de la cuadra salieron a comprar café con sopaipillas. Diez minutos después se acercó a la puerta de Intermar. El guardia de la entrada gritó hacia adentro:

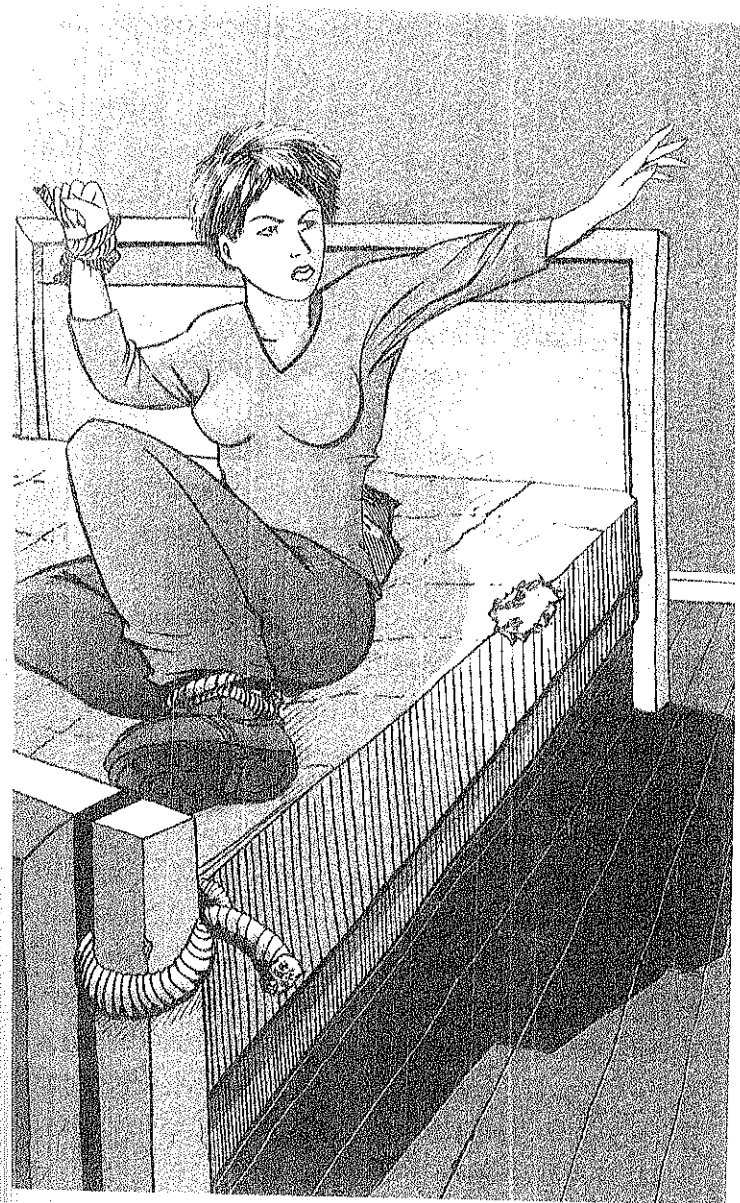
—Llegó la tía con la comida.

Los empleados de la oficina salieron,

alegres, hasta la vereda. Rodearon el carrito y a la mujer. Las sopaipillas se freían con escándalo en la sartén. Era el momento que estaba esperando. Llegué al portón de la bodega por un costado y entré. Los empleados y el guardia seguían conversando, riéndose junto al carrito. A uno de ellos le escuché decir:

—Estas son las mejores sopaipillas que he probado, tía, debería exportarlas.

Corrí hacia el interior sin que nadie me viera. Adentro sólo encontré cajas cerradas de todos los tamaños. El televisor seguía encendido en el tenis, pero no me detuve a mirarlo. Por un momento pensé que estaba equivocado. La bodega continuaba por una puerta hacia otras dependencias y a un amplio patio donde encontré estacionados, frente a un portón, dos camiones con los colores plateados y las franjas amarillas de la empresa en los costados. No estaba allí lo que buscaba y me desesperé. En ese momento vi en la dependencia interior, sobre la pared, los brillos de un televisor encendido. Llegué hasta el rincón más alejado, rodeado de cajas y neumáticos. Sobre un catre de metal estaba Charo, mirando sin ganas la televisión, amarrada de una mano y de una pierna al catre. Al verme se sorprendió.



—No hables —le dije—, tenemos que salir de aquí.

—¿Tú? ¿Tú no eres de los mismos? —preguntó con voz débil.

—No hables —le ordené—. Tenemos que apurarnos.

—¿Los guardias? —preguntó ella.

—Están adelante, comiendo sopaipillas.

Demoré en desatar los nudos. Charo estaba pálida.

—He comido sólo pan —dijo.

La ayudé a levantarse y después de estirarse recobró fuerzas. Salimos al patio. El silencio era completo, excepto por los ladridos de los perros a lo lejos. La única solución era saltar el portón, pero parecía muy alto. Le pregunté si era capaz de hacerlo. Ella arrugó la nariz y con una mirada de taladro me dejó claro que la pregunta la ofendía.

Subimos dificultosamente. Al otro lado llegamos a un callejón oscuro. Cuando puse otra vez los pies en la tierra, Charo me esperaba con una expresión rara en la cara. Le pregunté qué le pasaba. Ella estiró el mentón indicándome hacia adelante. Enfrente teníamos a los dos empleados y al guardia, con sus linternas, sonriéndonos. Uno de ellos todavía masticaba su sopaipilla.

Cuando yo era niño le temía a la oscuridad. Me dejaban dormir con la luz del velador encendida. La Gertru decía que se me pasaría cuando creciera. Crecí, ahora tengo quince años, una edad como para no tenerle miedo a la oscuridad en teoría, pero en la práctica sigo igual.

Con Charo estábamos amarrados en la oscuridad de la bodega. Escuchábamos detrás de las cajas a alguien que nos vigilaba y al mismo tiempo intentaba sintonizar una radio, pero no quedaba conforme, hasta que encontró una canción de Juan Gabriel que le interesó. De más lejos llegaba el ruido de voces haciendo llamadas urgentes por teléfono. Después se acercaron hasta nosotros.

—Tenemos al detective privado también —se rió indicándome uno de los empleados—. Estamos todos entonces, el único que falta es Cachito. Por lo tanto, si quieren salir

de esto nos dicen dónde lo podemos encontrar a él.

Charo respondió por los dos:

—Será mejor que nos suelten antes de que me enoje.

Los demás se rieron con ganas.

—Llaman a la señora Gallardo —les dije—, ella me contrató y es la dueña de todo esto.

Otra vez se escucharon las risas. Nos hicieron levantar y caminamos amarrados. A mi espalda sentía el calorcito de Charo que me quitaba el miedo. Salimos al patio y subimos por una escalera corta a uno de los camiones repartidores. Se cerró la puerta metálica y otra vez la oscuridad. Charo dijo:

—No te preocupes, vamos a salir de esto.

—Espero que sí —dije asustado.

—No es a nosotros a quienes buscan. La señora Gallardo necesita a Cacho Ramírez urgentemente, pero por otros motivos de los que te contó cuando te contrató.

—Eso ya me lo habían dicho.

—Buscan a Cacho para retenerlo como a nosotros.

—¿Y el partido de mañana?

Charo movió la cabeza y dijo:

—Lo único cierto es que Cacho es la cábala del equipo para ganar, pero a la señora

Gallardo y a su empresa les da lo mismo si gana o pierde Ferro mañana.

—¿Entonces para qué me contrató?

—Tenía que agotar todas las posibilidades, quería encontrar a Ramírez. Y también tenía que demostrar a los dirigentes y al entrenador de Ferro que hacía todos los esfuerzos.

—No entiendo qué está ocurriendo. Ni siquiera sé por qué estamos los dos amarrados en este lugar.

—A la señora Gallardo no le conviene que aparezca Cacho, haría cualquier cosa para que no apareciera nunca, eliminarlo si es posible.

—¿Eliminarlo? —pregunté como un idiota—. ¿Dónde está Cacho en este momento?

—No estoy segura. Tengo una idea vaga de donde encontrarlo, pero nada más. Es mejor que siga escondido antes de que lo descubran los empleados de Intermar.

—Pero no me has explicado por qué quieren eliminarlo y qué relación tienes tú con todo esto.

—Hace tres años, antes de que Cacho Ramírez se convirtiera en arquero, era un chofer de buses.

Charo se detuvo, escuchamos unos ruidos alrededor de la carrocería del camión.

—¿Escuchaste? Suena como si alguien golpeará con el canto del Ferro —dijo ella.

—¿Qué canto?

—«Dale Ferro, pero dale Quilín» —entonó ella.

Tenía razón, los golpecitos sonaban iguales. Charo se alegró y dijo:

—León. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

—Quedamos de encontrarnos —respondí orgulloso de tener algo que ver.

Volvimos a escuchar los golpes sobre la carrocería del camión. Charo se arrastró hasta uno de los costados y con los dedos repitió lo mismo: «Dale Ferro, pero dale Quilín». Esperamos en silencio. Un minuto después se abrió la puerta de la cabina y se cerró enseguida. Alguien, debía ser León, dio vuelta la llave de contacto del motor, que se negó al principio a arrancar. En la carrocería nos levantamos con dificultad. En ese momento también oímos los carrerones desde el interior de la bodega, los gritos y silbatos de los empleados y del guardia. El motor del camión por fin arrancó con un ruido potente. Pasaron el cambio y el camión pareció que se desinflaba al desengancharse. Escuchamos la voz de León que gritaba hacia atrás:

—Agárrense que nos vamos.

Charo y yo, instintivamente, nos arrojamos al piso. El camión dio un salto hacia adelante, las ruedas patinaron y quemaron el suelo de cemento. Aceleramos sólo unos segundos y enseguida nos estrellamos contra el pottón metálico. El ruido fue tremendo y pareció que quedábamos detenidos, pero sólo fue un momento. La puerta saltó por el aire y cayó hacia adelante. Con Charo rebotamos como carga. El camión aceleró. Alejándose escuchamos varios disparos y los últimos gritos. Luego, nada más que el motor del camión. En la cabina León silbaba una canción del grupo Queen sobre campeones, campeones mundiales.

Eran cerca de las cuatro de la madrugada cuando huimos en ese camión de encomiendas de Intermar. Me sentía feliz y aliviado por haber escapado. Charo y yo nos reíamos con ganas a pesar de que seguíamos amarrados en el interior de la carrocería. La felicidad se me amargó un poco cuando me acordé de la Gertru, probablemente desesperada a esa hora, esperándome en la casa, llorando en el hombro del sargento Suazo, sintiéndose culpable de que yo no estuviera en Concón con los primos... etcétera y etcétera.

León detuvo el camión y gritó hacia atrás que enseguida nos liberaría. Abrió la puerta metálica y del otro lado encontramos un pedazo de luz que caía debajo de un poste en la calle. Nos desató. Se reía con su cara redonda y rosada. Nos contó cómo llegó a la bodega después de mi llamada telefónica por la tarde. De cómo subió el cerco y vio cuando

nos encerraban en el camión. Esperó, luego saltó el muro y escapó con nosotros arriba de ese camión.

Más allá de la calle donde estábamos estacionados, se veía avenida Américo Vespuccio, uno de los límites de salida de Santa Familia. Algunos automóviles circulaban a esa hora por el lugar. Por un momento me pregunté seriamente qué hacía allí, por qué extraña razón no estaba de vacaciones en Concón. Y lo más importante: cómo iba a explicarle a la Gertru todo lo ocurrido. No tuve necesidad de hacerlo. Escuchamos cerrarse otra de las puertas de la cabina del camión de Intermar. Gertrudis Astudillo apareció ante nosotros con una cara de ascensor, que alguna vez explicaré.

León consideró adecuado decir algo con respecto a Gertrudis:

—Llamó por teléfono al Hogar y me dijo que estaba preocupada por ti, Quique, así que nos pusimos de acuerdo para ir juntos a buscarte a las bodegas de Intermar.

La Gertru permaneció inmovible, con las manos en la cintura. Vestía un jean ajustado que sólo usaba en momentos especiales y llevaba amarrado un cintillo rosado en el pelo.

—Estás en problemas, Quique Hache

—dijo tratando de que su voz sonara con suficiente autoridad y energía. Estaba enojada, eso se notaba, siempre que me llamaba por mi nombre y apellido había que creerle su enojo. No me hablaría en algunas horas, eso también era seguro. Aunque lo pensé, no le dije que ella era tan culpable como yo. Los dos nos habíamos matriculado en ese curso por correspondencia. Tampoco le recordé que había perdido inútilmente cinco mil pesos con una bruja. En cambio le dije:

—Gertru, te presento a Charo.

Ambas se saludaron. León seguía girando alrededor nuestro, entusiasmado con su hazaña que, al parecer, no se le olvidaría en mucho tiempo.

—Es tarde —dijo la Gertru con una voz de muerta—, es hora de que todos nos vayamos a acostar y a dormir.

Charo la detuvo:

—En unas horas más comenzará la final de Ferro Quilín. Tenemos que encontrar a Cacho y llevarlo al estadio.

Gertrudis movió la cabeza.

—A mí me parece que ustedes tres han hecho demasiado por esta semana. Antes que nada, alguien tiene que dar una buena explicación de lo que está ocurriendo aquí.

—Explícale, Charo —pidió León rascándose la cabeza.

—Sí —dije yo.

Charo estuvo de acuerdo, pero debíamos movernos de donde estábamos. Era probable que los empleados de la señora Gallardo en ese momento nos estuvieran buscando por el barrio. Subimos los cuatro otra vez al camión. León volvió al volante, donde parecía feliz y orgulloso de que confiáramos en él. Decidimos subir por Vespucio hacia el norte, circulando alrededor de Santiago.

Después de un rato encontramos un Esso Market. Estacionamos el camión. Entramos y nos sentamos alrededor de una mesita de plástico. Un empleado cabeceaba de sueño a esa hora. Pedimos tazas de café y té. León le agregó un completo, que se comió antes de que se enfriaran nuestras tazas. El cielo comenzó a cambiar de color, del negro a un extraño y feo color azul. Afuera, en la calle, la luz del amanecer coloreaba las sombras.

No tenía sueño. Con todo lo ocurrido me había despejado. Sabía que la verdad estaba allí, o parte de la verdad, y eso me hacía abrir bien los ojos. Esperamos que Charo se acomodara y probara su taza de té y escuchamos lo que tenía que decir.

El año 1994, Charo y su hermana Leticia cursaban el segundo medio en el liceo Makario Cotapos, de Santa Familia. Ambas eran buenas alumnas y su familia parecía normal y unida. Los padres eran profesores. Charo y Leticia eran mellizas y nada les faltaba en la casa. Ambas crecieron muy unidas e independientes.

Todo cambió el verano del 94. El segundo medio del liceo preparó un paseo de fin de semana a la playa. Se alojarían en unas cabañas que tenía el colegio cerca de Algarrobo. Como había ocurrido en años anteriores, se contrataron los servicios de Intermar, la línea de buses, para trasladar al grupo a la costa. En una tarde de diciembre de ese año se reunieron en las puertas del liceo. Allí los esperaba un bus color crema con una franja azul y el nombre de Intermar con una gaviota dibujada sobre las letras. Viajarían esa tarde

de jueves para aprovechar completo el fin de semana.

Antes de subir al bus, alguien tomó la fotografía instantánea del curso, donde aparecían todos sonrientes, excepto Charo. La misma fotografía que se publicaría unos días más adelante en los diarios: La misma que tres años después llevaba yo en el bolsillo de mi camisa.

Mientras Charo acomodaba su bolso en el maletero del bus, vio por primera vez a Cacho Ramírez. Vestía una camisa blanca, unos pantalones grises y una gorra de capitán de barco que identificaba a todos los choferes de Intermar.

Los primeros kilómetros fueron lentos, deshaciéndose del tráfico de salida de Santiago. Arriba del bus a nadie le importó, cantaban felices y conversaban despreocupados. Charo escuchaba música en su personal y trataba de dormir.

Una hora después, el viaje parecía tranquilo y aburrido. Las risas, la música, todo había acabado. Sólo se escuchaban algunos grupos conversando: Charo despertó para ver cómo atardecía completamente y llegaba la oscuridad a la carretera. No tenía ganas de ese fin de semana en la playa, pero lo prefería a

quedarse sola en la casa y separada de su hermana Leticia. Ambas se llevaban muy bien, se contaban todo y se tenían confianza. Sabía, por ejemplo, que a Leticia le gustaba Juan Carlos, el handbolista del curso, pero él era muy tímido para declararse. Después de recados, avisos y cartas secretas, esperaban que Juan Carlos se atreviera ese fin de semana en Algarrobo.

Fue en una curva, antes de llegar a la costa. Cacho Ramírez, el chofer del bus, declarararía más tarde que un automóvil que venía en sentido contrario lo encegueció con sus luces altas. Perdió el control, siguió recto hasta un barranco, la máquina se dobló y cayó algunos metros al vacío. Los vidrios explotaron y los fierros del techo se doblaron. Cuando los rescataron, diez estudiantes estaban gravemente heridos. Una ambulancia logró trasladarlos rápidamente hasta Valparaíso. A Charo nada le ocurrió, sólo un corte sin importancia debido a los vidrios rotos. De los heridos graves, siete de ellos debieron esperar más de un año para recuperarse completamente. Tres fallecieron esa misma noche en el hospital. Entre los muertos estaba Leti, la hermana de Charo.

La vida de Charo cambió desde ese

día. Durante meses no quiso hablar con nadie. Sus padres se distanciaron cada vez más, hasta que finalmente se separaron. El padre se fue de la casa. La relación con su madre era tensa; ambas, sin proponérselo, se culpaban de la muerte de Leti. Todo culminó cuando, en contra de su voluntad, a Charo la dejaron internada en el Hogar Isabelita Astaburuaga, de Santa Familia. Pero fue lo mejor para ella. Allí encontró nuevos y diferentes amigos y algo de tranquilidad.

En ese tiempo, Charo se interesó por los detalles del accidente. Sabía que el chofer del bus, Cacho Ramírez, había pasado seis meses en la cárcel y que más tarde lo dejaron salir, cuando concluyeron que su responsabilidad era mínima. Charo averiguó que Cacho abandonó luego la empresa de buses y, curiosamente, se convirtió en el arquero del equipo de fútbol del barrio. Sin embargo, seguía en la nómina de los empleados de Intermar, recibiendo un sueldo con el que arrendaba una pieza.

Poco a poco Charo había ido ordenando sus recuerdos sobre el accidente. Y algo no calzaba. Minutos antes de que ocurriera, se había levantado para ir al baño en la parte de atrás del bus. Al salir, recordaba haber visto, en los últimos asientos reservados a la tripulación,

a Cacho Ramírez durmiendo. Pensó que lo reemplazaba el asistente. Minutos después se produjo el accidente. En el sumario e investigación de los hechos aparecía Cacho Ramírez como conductor en el momento del accidente. Ese detalle sospechoso le hizo buscar al ex chofer. Por un tío abogado que había estado en el juicio del accidente, sabía que había salido de la cárcel y se enteró de que ahora jugaba fútbol, en el equipo del barrio Santa Familia. Un día lo encontró después del entrenamiento del Ferro Quilín. Al principio, él se sorprendió de todas las preguntas y no quiso seguir hablando, dijo que sólo le interesaba olvidar el trágico asunto. Charo insistió y después de varios intentos el arquero comenzó a soltarse y a sentir confianza. Terminaron haciéndose amigos. Se encontraban por la tarde en la placita del Alférez, tomaban helados y conversaban. Charo llegó a apreciar a Cacho. Nunca había hablado con nadie como lo hacía con el arquero. Después de algunos meses, Ramírez tuvo la confianza suficiente para contarle la verdad.

Cuando ocurrió el accidente no era él quien manejaba el bus, pero la señora Rosaura lo convenció para que se inculpara. Le prometió un sueldo seguro. Cacho aceptó.

Charo presionó al arquero durante semanas hasta que por fin éste se decidió a contar la verdad del accidente ante las autoridades. Pero justamente antes de que esto ocurriera, Cacho desapareció misteriosamente. Charo sospechaba de Rosaura Gallardo. De alguna manera se habría enterado de las intenciones de Cacho y no le convenía que se divulgaran las irregularidades en la investigación del accidente. La señora Gallardo llevaba una exitosa gestión a la cabeza de Intermar, había logrado importantes avances comerciales y un escándalo en esos momentos no era bueno para el negocio.

Charo tampoco sabía dónde se encontraba el arquero. La única pista era un familiar, el único que le conocía. En una ocasión había acompañado a Cacho a visitar a una tía, la tía Solícita, que vivía en La Reina Alta, en una casa vieja, rodeada de gatos.

Charo terminó de hablar. Amaneció completamente y la luz iluminó con colores el comienzo del día.

Los cuatro, sentados alrededor de la mesita de plástico en el Esso Market, tratábamos de entender la historia que acabábamos de escuchar. Ninguno se atrevió a decir nada. Mi taza de café estaba fría. León parecía cabecear

de sueño sobre la mesa. Gertru se atrevió y dijo:

—¿Qué esperamos? Estamos cerca de La Reina y con ganas de conocer a la tía Solícita.

Nos dirigimos en el camión de encomiendas hacia el oriente de la ciudad. De pronto, la calle se hizo de subida, la cordillera se veía cada vez más cercana, como una muralla gigante. Preferimos detenernos y subir caminando las últimas cuadras. Todavía el calor de la mañana era inofensivo y no nos molestó caminar. Habíamos seguido por avenida Larraín hasta que terminaba a los pies de la montaña. Pasamos un parque municipal. Un poco más arriba nos detuvimos al frente de una casa vieja y oscura, como de mansión del horror, que contrastaba con las otras casas bonitas de los alrededores. En el patio, entre los árboles y vegetación que nadie cuidaba, vimos a muchos gatos que se paseaban como los dueños del lugar. Charo abrió la reja del antejardín y la seguimos. Golpeamos la puerta, pero no hubo respuesta. Por un momento pensé que encontraríamos muerta a la tía Solícita. Imaginé que

los mismos gatos la habían atacado y devorado, como en una película que vi en el cable una noche. Entonces, desde atrás, escuchamos un «adelante». Rodeamos la casa por un caminito. En el patio encontramos a la tía Solícita, sentada en un sillón de mimbre con almohadones, rodeada de más gatos. Enseguida reconoció a Charo y nos hizo sentarnos alrededor de su sillón. Hasta allí llegaba un rayo de sol, entremedio de los árboles y de las telarañas. Era una mujer vieja la tía Solícita. Dijo:

—Me vengo a sentar aquí en las mañanas para calentar los huesos.

Todos asentimos encontrándole la razón. Charo se encargó de llevar la conversación.

—Queríamos saber de Cacho, su sobrino, necesitamos hablar urgentemente con él.

—¿Cachito? —dijo ella—, qué excelente me salió mi sobrino, ni parecido al resto de la familia, incluso ni parecido a mi propio hijo que nunca viene a visitarme. Me dejaron en esta casa sabiendo que no puedo bajar el cerro. Tengo una vecina que me compra todo, pero imagínense, el día de mañana me enfermo y hasta ahí nomás llevo.

—Perdido está su sobrino, nadie sabe de él —dijo Charo.

—Así es Cachito, muy poeta para sus

cosas, eso quiere decir que tiene sus días buenos y sus días malos.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo entonces? —preguntó Charo.

—Viene cada cierto tiempo, nunca falla, me trae *El Condorito*, que es la única revista que me gusta leer.

—¿La visitó hace poco?

—Mi memoria no funciona mucho. Tres o cuatro días atrás vino.

Todos reaccionamos cuando escuchamos a la tía Solícita. Charo volvió a preguntar:

—¿Le diría dónde estaba?

—Cachito es muy reservado. Su vida es su vida. Pero a mí no me engaña, lo conozco de niño. Lo noté deprimido y cansado. Por lo tanto, debió hacer lo que se hace cuando una se siente cansada de la vida.

—¿Suicidarse? —dijo León. Todos lo hicimos callar.

—Cuando eso ocurre —siguió la tía— se vuelve al lugar de donde se salió. Por ejemplo, esto es La Reina Alta, en este sector de la ciudad nací yo, y aquí me voy a morir. Antes no llegaba nadie, ahora está lleno de casas grandes y bonitos autos. Desde aquí mirábamos hacia abajo a Santiago, como si fuéramos una ciudad aparte.

—¿Y de dónde salió Cacho Ramírez?

—preguntó Charo apurando a la tía Solícita.

—¿Nunca les habló Cachito de su pueblo natal? Como les dije, mi sobrino es muy reservado. Vivió toda su niñez y adolescencia en un pueblo del Cajón del Maipo, antes de que allí también se llenara de parcelas y cabañas de arriendo. En San José lo conocían todos porque era el arquero del equipo del pueblo.

—San José —repitió Charo.

—Allá vivía su mamá. Para los cumpleaños y fiestas nos visitábamos. Pero ahora no bajo de aquí del cerro, la única forma que lo haré, seguro, será adentro de un cajón con flores a los lados.

Nos fuimos por avenida La Florida hacia el Cajón del Maipo. No era un viaje largo, tal vez cuarenta minutos. Avanzábamos lentamente por el camino estrecho con muchas curvas. Paralelo al camino nos acompañaba el río Maipo, de un color café con leche. No hablamos mucho en el camino, pero sabíamos que íbamos en la dirección correcta para encontrar a Cacho Ramírez. Mientras avanzábamos, la cordillera nos cercaba. Pasamos varios pueblos a la orilla del camino, pueblos chicos de apenas una cuadra, con gente sentada en las puertas de sus casas, entretenida en mirar a los automóviles por el camino.

San José era el pueblo más grande de los alrededores. Cuando llegamos rodeamos la plaza.

Yo ya había estado en San José de Maipo: un domingo, hacía unos meses, en que mi papá quiso estrenar su automóvil nuevo,

un Toyota del que estaba orgulloso. Con nosotros iba mi hermana Sofía, a quien no le gustaban los paseos familiares y prefería quedarse con Petete, su pololo actor. Ese día domingo almorzamos a la salida de San José, en un restaurante de comida típica chilena. Mi papá pidió una cazuela de pava. Siempre pedía de esas comidas que nunca preparamos en la casa y que le traen recuerdos de su niñez cuando vivía en Buin, donde al parecer todos los días cocinaban cazuela. A mí me gusta la cazuela, pero no podría soportarla todos los días, menos con el calor del verano. Después de almorzar regresamos a la plaza de San José, donde participamos sin quererlo en un acto público, que mi mamá llamó «un acto hippie». En un escenario representaban una obra de teatro donde un señor era un río y otro señor representaba un gasoducto. La pelea era entre el señor gasoducto y el señor río, entremedio estaban el señor árbol y la señora cordillera, que querían expulsar del lugar al señor gasoducto. Luego aparecieron en la plaza dos hombres arriba de unos zancos. A mi mamá, al menos, le gustaron los zanquistas. Al final, uno de los hippies, con barba, pelo largo y la misma edad que mi papá, comenzó a cantar una canción ecológica de protesta.

Mi mamá quería irse, pero mi papá se negaba porque todo ese acto le recordaba sus años en la universidad, cuando iba a las peñas y cantaba canciones de Violeta Parra. Sofía era la más aburrida, aunque más tarde se entretuvo cuando llegaron unos suizos muy rubios, de ojos claros, con shorts y bototos de montañista. Eran suizos ecológicos y aplaudían, aunque no entendían el idioma. A uno de los suizos Sofía le dio el teléfono de la casa. Durante las semanas que el suizo permaneció en Chile, llamó regularmente a Sofía por teléfono, aunque era poco lo que hablaban o se entendían, el suizo sólo sabía hablar su idioma y mi hermana el suyo. Alguien, que sin duda no quería mucho al suizo, le había enseñado la única palabra en castellano que sabía y repetía a cada rato: «un poquito». Siempre respondía lo mismo: «un poquito», no importaba lo que se le preguntara.

San José, ese sábado de verano, se veía tranquilo, reposado, como todo pueblo chico, con la cordillera detrás como el único de sus edificios. Nos dividimos los cuatro para preguntar por Cacho Ramírez.

Resultó que Ramírez había por todas partes en San José y sus alrededores. El único dato que conseguimos fue que Cacho, algunos

años atrás, había destacado como arquero en el equipo del pueblo.

Después de preguntar sin suerte por todo San José, nos sugirieron que habláramos con don Reinaldo, el hombre más viejo del lugar. Los sábados se sentaba en una de las graderías del Estadio Municipal o los pasaba calentándose al sol en la plaza. Lo encontramos en la plaza. Nos habían advertido que estaba un poco sordo, por lo que dejamos que Charo se encargara. Después de los saludos ella fue al punto:

—Buscamos a Cacho Ramírez, don Reinaldo, usted debe acordarse, fue el arquero de la selección de San José hace algunos años.

Don Reinaldo sonreía como abuelo, llevaba unos lentes Ray-Ban muy modernos, con los que miraba directamente al sol levantando el mentón.

—Señorita, si es tan amable de decirme el apellido de ese José tal vez pueda ayudarla.

—Me refiero a un arquero de San José.

—Perdóneme entonces, es la sordera. Antes yo escuchaba de todo, pasaba un auto por allá abajo y sin mirarlo siquiera sabía la marca, hasta si era argentino o chileno. No se ría, lo sabía porque los argentinos aceleran a

fondo cuando se detienen en las esquinas, así los motores no resisten.

Charo nos miró convencida de que perdíamos el tiempo hablando con don Reinaldo. Lo intentó otra vez.

—Cacho Ramírez —dijo subiendo el volumen.

—Ahora sí que la sintonizo, señorita, la escuché, no tiene para qué gritar. Usted busca a Cacho Ramírez. Podía haberlo dicho desde un principio. Estoy sordo, pero no es porque quiera, sino de viejo.

—¿Lo conoce entonces? —preguntó iluminada y feliz. Cuando Charo parecía contenta se le iluminaba de voltios la cara y yo temblaba de gusto.

—Claro que no conozco a ningún Cacho Ramírez de San José. Le puedo asegurar que en este pueblo, donde nació, me crié y voy a morir, nunca existió alguien con ese nombre tan feo.

—Pero eso no es posible. Era arquero, un buen arquero antes de irse a Santiago.

—Por aquí pasan muchos arrieros, es imposible saber los nombres.

—Arquero, no arriero —gritó Charo y nosotros nos apretamos temerosos.

—Le repito, señorita, si me sigue gritando

no le puedo escuchar. La juventud no respeta a la gente de edad. Un arquero, eso es lo que usted busca. Debió haber hablado antes, se refería al arquero Cacho Ramírez.

Charo miró al cielo y sopló todo el aire de sus pulmones.

—¿Entonces sí lo conoce? ¿Sí existió un arquero llamado Cacho Ramírez?

—Claro que existió. Yo nunca lo conocí y es difícil que lo conozca alguien porque está muerto hace cincuenta años.

—¿Muerto?

—Ahora usted es la sorda. Cacho Ramírez fue un famoso arquero de fútbol de los años 30, uno de los grandes arqueros, como Livingstone, a quien le decían «el Sapo», aunque a mí ese sobrenombre no me gustaba. Ramírez, del que hablamos, le decían simplemente Cacho Ramírez. Jugó primero en Magallanes y luego en Colo Colo, con gente como David Arellano, a quien todos querían.

—A mí ese Cacho Ramírez no me sirve.

—Usted preguntó, yo respondo, para eso vengo aquí a la plaza, a estrenar mis gafas nuevas, a calentar los huesos y a responder preguntas.

—Entonces —se resignó Charo definitivamente—, ¿nunca ha existido un Cacho Ramírez en San José?

—Momentito. Pare. Tiene razón, nunca existió aquí, sino en Santiago y hace cincuenta años como le dije.

—Entonces no hay nada más que decir —se resignó ella.

El abuelo entonces levantó las dos manos.

—Pero usted no preguntó por Carlos Ramírez, quien se creía Cacho Ramírez en San José.

—¿Se creía...?

—Déjeme acordar. Hace algunos años jugó un niño en la selección. Cuando le preguntaban él se sobra, decía que era de voladas y atajadas como las de Cacho Ramírez del Colo Colo, lo admiraba, era un ídolo para él y le gustaba que lo llamaran de la misma forma.

—Ese es —gritó otra vez Charo.

—Tengo las orejas débiles, señorita —Charo quiso preguntar, pero don Reinaldo se adelantó—: Carlitos Ramírez, ése es el nombre del que se creía Cacho. Atajaba, es cierto, pero nunca como el gran Cacho Ramírez, ése era de película.

—¿Y dónde puedo encontrar a Carlos Ramírez?

—No lo puede encontrar.

—No me diga que se murió.

—Parecido. Hace unos años ese niño

manejaba buses y jugaba al fútbol aquí en el pueblo, era querido por todos, pero un día, después que murió su mamá, se fue sin decirle nada a nadie y no volvimos a saber de él. Así ocurre con la gente joven; sin trabajo, no les queda otra alternativa que trasladarse a la capital.

—¿Y familiares?

—Los Ramírez se desgranaron hace tiempo. Tenían un molino al otro lado del río, pero lo abandonaron y se fueron. Aquí vamos quedando los menos.

Charo miró la dirección que había señalado don Reinaldo más allá del río. Agradeció la información con un beso. El viejo sorprendido dijo:

—Uno se viene a la plaza a tomar sol para entibiarse y para monear estas gafas nuevas que tengo y hasta besos se reciben.

En un servicentro nos indicaron cómo cruzar hacia el otro lado del río. Para nadie era desconocido el antiguo molino Ramírez, aunque aseguraron que estaba abandonado desde hacía años.

Llegamos cansados y transpirando. La Gertru se quejó porque sus zapatos la estaban matando. León quería vomitar por el esfuerzo. Yo no podía hablar y sentía como si tuviera un canario en los pulmones, un canario que cantaba pésimo. Ante nosotros se levantaba una pequeña colina rodeada de un cerco de alambres. En el centro había una casa vieja, con dos grandes silos a los costados. Nadie parecía vivir allí.

Cuando traspasamos el portón, escuchamos una voz potente.

—Están en propiedad privada, un paso más y disparo mi escopeta.

Gertru se echó al suelo exageradamente,

como si amenazaran con un bombardeo aéreo. Charo preguntó dudando:

—¿Cacho? ¿Eres tú?

No hubo respuesta.

Después de un momento, Charo volvió a gritar hacia la casa:

—Cacho, soy yo, Charo.

—Y León —repitió León para que se le tomara en cuenta.

Yo estuve a punto de gritar mi nombre, pero pensé que no aportaría mucho, probablemente el arquero no tenía idea quién era. Escuchamos entonces un eco:

—Charo.

Y lo vimos aparecer en la puerta. Tenía la mirada baja, tristonera, y la cara infantil que yo me había imaginado. Charo se adelantó, corrió hasta la casa y abrazó a Cacho Ramírez o como se llamara.

Nos sentamos bajo un parrón. Cacho comenzó a dar algunas explicaciones:

—Me vine hasta acá hace unas semanas. Todavía tengo las llaves de este viejo molino que era de mi familia. Pocas veces bajo al pueblo y sólo a comprar comida. Tampoco tengo ninguna escopeta, eso lo dije para asustar.

—A mí me asustó —dijo la Gertru.

Estábamos encantados escuchando, hasta que Charo nos despertó del trance:

—Tienes que volver con nosotros a Santiago.

—No puedo —respondió el arquero—, es peligroso para mí.

—Sólo será esta vez. Debemos denunciar a la señora Gallardo y ganar el campeonato con el Ferro.

—No quiero líos —dijo Cacho y se rascó la cabeza.

La Gertru entonces se adelantó y habló con voz firme, cansada de tanto enredo:

—Che, no sé lo que hizo y no hizo usted, señor Carlos o Cacho —como dije antes, cuando ella se enojaba se creía argentina—, pero aquí los presentes hemos arriesgado nuestras vidas para encontrarlo. Si se siente culpable de algo, che, mejor lo soluciona de una vez y se va con nosotros a Santiago, después puede volver a encerrarse en este pueblo. Yo vengo de Temuco, IX Región, y estoy de acuerdo con usted, Santiago no es la mejor ciudad para vivir.

Cacho miró a Gertrudis y debió enamorarse enseguida de ella, como les ocurre a todos los que la ven y la escuchan por primera vez.

—Es cierto, Cacho —dijo Charo sollozando.

—Falta aclarar algunas cosas —dijo Cacho y todos nos acomodamos para escucharlo hablar, mientras San José se veía a la distancia.

—No dije toda la verdad con respecto al accidente.

—¿Cuál verdad? —pregunté desde atrás.

—Cuando mi mamá se murió, me fui de San José buscando un mejor futuro. No podía darme el lujo de estudiar porque no tenía plata. Llegué a Santiago y me presenté en Intermar. Tenía una licencia de chofer de buses en los que trabajé durante un tiempo desde San José hasta Puente Alto. Mi tía Solícita me dio una carta para don Chemo Gallardo, el dueño de la empresa. Me recibió muy atento, hasta cariñoso, y me dio trabajo inmediatamente. Después de unos meses de trabajo, me sentía muy bien en la empresa. Don Chemo era bueno con todos los empleados, pero conmigo era especial. Nos hicimos amigos. Le gustaba compartir con sus empleados, trabajar con ellos; prefería eso a estar encerrado en una oficina. En esos años tuvo la idea de comprar un modesto club de fútbol. A mí me había visto jugar de arquero

en partidos internos de la empresa. Me decía: «Cuando tenga un equipo, tú me juegas al arco». Para don Chemo yo era como su hijo, me trataba muy bien, aunque esto provocaba los celos de su única hija, Rosaura. Los últimos años de vida de don Chemo fueron tristes. Se encerraba en la «Granjita», la casa que tenía en Santa Familia, y a veces se iba con sus choferes en los viajes para distraerse, aunque Rosaura se lo tenía prohibido. No quería que don Chemo tuviera nada que ver con la empresa. «Usted está muy viejo, papá», le decía, sin importarle que a don Chemo eso le doliera. Finalmente pudo comprar el Ferro Quilín, un club de barrio que quería convertir en un equipo profesional. Pero casi no alcanzó a gozarlo.

»Esa tarde, en diciembre del 94, nos fuimos juntos con don Chemo a Algarrobo. Yo manejaba un bus que llevaba estudiantes hacia la costa por el fin de semana. Todo marchó bien hasta que algunos kilómetros antes de llegar, don Chemo decidió conducir el bus. Como era el jefe y dueño, nadie pudo prohibírselo. Por eso Charo me vio durmiendo en los últimos asientos antes del accidente. No era yo quien manejaba cuando todo ocurrió. Era don Chemo Gallardo.

»Por problemas con el seguro, la señora

Gallardo y sus abogados me convencieron para que me inculpara. No les costó mucho, porque yo había aprendido a querer a don Chemo como a un verdadero padre y no me habría gustado verlo en la cárcel. Don Chemo no supo entonces de estos arreglos porque quedó malherido en el accidente.

»Fueron largos y malos esos seis meses que pasé en la cárcel. Don Chemo, después de recuperarse, supo toda la historia. Me iba a ver todas las semanas aunque estaba cada día más flaco y avejentado. Se sentía culpable. Un día me dijo que había algo muy importante que yo tenía que saber, que en la próxima visita me lo diría, que primero tenía que hablar con Rosaura y que ella probablemente lo tomaría mal. Pero la próxima visita no llegó nunca. Don Chemo murió esa misma semana.

»Cuando salí de la cárcel me fui a probar al Ferro Quilín. Quedé sorprendido porque el entrenador, Homero Gavilán, cuando me vio llegar el primer día, me dijo: «Cacho Ramírez, aquí todos lo conocen, don Chemo dejó instrucciones y sueldo para usted, así que se me viste que queremos verlo ejecutar algunas voladas». Así entré al Ferro. Hasta ahora, pensaba que eso era lo que don Chemo no había alcanzado a decirme.

»Dos años consecutivos fuimos campeones, hasta que llegamos a esta última instancia, a punto de subir a segunda división. Pero desde hace algunos meses comenzaron a amenazarme. Recibí cartas, llamadas telefónicas. Después de los balazos en el estadio, regresé aquí a San José y me escondí en el molino.

»Una tarde, aburrido, me puse a revisar unos papeles de mi mamá. Allí me encontré con esta foto y ahora me parece entender...

Cacho no siguió hablando. De su bolsillo sacó una foto que le pasó a Charo. Todos nos acercamos a verla. Se veía a un hombre y a una mujer abrazados y el molino atrás. Los dos sonreían, contentos. Después de un momento, reconocí a don Chemo. Pero mucho más joven que en la foto que había visto en la sede del Ferro Quilín.

—Y esta señora es su mamá, ¿no? —me dio dije, medio pregunté, porque estaba seguro de la respuesta.

Cacho me miró y movió la cabeza afirmativamente.

El silencio entre los cuatro era del tamaño de una plaza.

Sólo después de un rato, Charo habló:

—Eres hijo de don Chemo, ¿no?

Cacho la miró con ojos largos y volvió a afirmar con la cabeza.

—No entiendo nada —dijo León.

—Es hora de denunciar a la señora Gallardo. Tienes que hacerlo, Cacho, por la memoria de don Chemo y de mi hermana Leti. Y si tú eres hijo de don Chemo, eres responsable de dejar su plata en mejores manos.

—Creo que más bien es hora de ganar el campeonato —dije yo—, así ascenderá Ferro a segunda.

Se notaba que Ramírez tenía un corazón de jalea, la cara lo engañaba, era de esos que enojados o furiosos, siguen mostrando cara de bondad.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Faltaban minutos para las cuatro de la tarde.

—Tengo que jugar un partido de fútbol en Santiago —dijo convencido y sonrió, con una sonrisa de colgador de ropa que algún día explicaré.

El estadio de Obras Santos se construyó en 1963, meses después del mundial de fútbol. A la inauguración asistieron los mundialistas Honorino Landa, Leonel Sánchez y Carlos Campos. Como invitado, Leonel dio el puntapié inicial en el primer partido, en el que se enfrentaron el equipo local y un combinado de las Fuerzas Armadas. Ganaron las visitas tres por dos. Desde entonces el estadio fue el más importante recinto deportivo y artístico de Santa Familia.

Ese sábado de principio del verano, el estadio esperaba finalizar el campeonato de tercera división enfrentando al local Ferro Quilín contra Deportivo Malloco. El ganador subiría a segunda división, a un paso de primera, del fútbol de honor, de los grandes, de los millones, de las estrellas.

El árbitro, don Marinko Leal, pitearía el inicio exactamente a las 5.30 horas de la

tarde. Una hora antes el estadio estaba lleno. Apostaban a que Cacho Ramírez no aparecía. Dirigentes del Deportivo Malloco declararon que la desaparición del arquero era un truco publicitario. El entrenador de Ferro, Homero Gavilán, aseguraba que no eran supersticiosos en el equipo, pero sin Cacho en la cancha el asunto era distinto. El camarín de Ferro, minutos antes, parecía un funeral. Sin la cábala, el destino del equipo se veía oscuro.

En el palco de honor del estadio se ubicaron las autoridades municipales, los dirigentes y la señora Rosaura Gallardo. El administrador del estadio debió mandar a construir un sillón especial, más ancho y reforzado, para que se sentara la señora Gallardo. Cerca de ella, como era costumbre, la rodearon sus empleados de confianza.

A las 5.15 de la tarde nadie notó el camión plateado con una franja amarilla estacionado cerca de una de las puertas laterales del estadio. El vigilante de ese sector llevaba trabajando en el estadio desde que Leonel Sánchez diera la patada de inauguración, treinta años atrás. Reconoció enseguida a Cacho cuando lo vio parado en la puerta, vistiendo su casaca negra y guantes.

—No puedo creerlo —dijo el vigilante—, el partido está que comienza.

Me adelanté y le dije:

—No queremos que nadie reconozca a Cacho hasta que esté en medio de la cancha.

El vigilante se perdió adentro y regresó unos minutos después con el hombre que vendía café cargando una enorme cafetera, una gorra y un delantal. Cuando el cafetero vio al arquero dijo:

—No puedo creerlo y yo que aposté que no aparecerías.

Disfrazaron a Cacho con el delantal, la gorra y la cafetera. Nosotros nos dividimos. Charo vigilaría la tribuna de las autoridades. León, la entrada. Gertrudis buscaría al sargento Suazo, y yo acompañaría a Cacho hasta la cancha.

Con el termo por delante, al arquero no se le notaban los pantalones cortos ni los botines de fútbol. Lo seguí a corta distancia. Decidimos bajar las graderías voceando el café, que por el calor nadie compraba a esa hora. Saltamos la reja que nos separaba de la cancha y Cacho corrió despojándose del disfraz. El público lo reconoció enseguida y comenzó a entonar fuerte y claro el canto del equipo: «Dale Ferro, pero dale Quilín». Miré

hacia la tribuna oficial y vi a la señora Gallardo conversando con sus guardaespaldas, discutiendo y haciendo llamadas por celulares. En la cancha los equipos se distribuían para comenzar el partido. El entrenador Gavilán recibió con la boca abierta al arquero. Los jugadores de Ferro rodearon a Cacho sin creerlo. Por los parlantes del estadio se ratificó a Cacho Ramírez en el arco. Una gran ovación lo recibió. Estaba en el lugar que le correspondía, bajo los tres palos, con su cuerpo delgado, sus brazos largos de orangután y esa mirada triste en la cara que traía de nacimiento. Sabía que era su último partido con Ferro y eso lo hacía estar triste y alegre a la vez.

Domingo. Nos quedamos con la Gertru en el patio de la casa de calle Juan Moya. Llevamos toallas, bronceador y una radio con casetes de Yubilda Rubilar, que a la Gertru le encanta. Decidimos no salir y descansar. Nos estiramos en las toallas a broncearnos, repasando la larga semana que se acababa.

La tarde anterior, en el estadio Obras Santos, Cacho Ramírez, como era su costumbre, se transformó en la figura de Ferro Quilín. El delantero estrella de Ferro, Chamaco Ortúzar, se inscribió con los dos goles con los que dejó campeón a Ferro Quilín. Antes de que el sol cayera detrás de los techos de zinc del barrio, el árbitro piteó el final del partido y comenzó la celebración en Santa Familia. Se entregó la copa y todo Ferro, encabezado por Cacho, dio la vuelta olímpica. Cuando el equipo se acercó al palco de honor a recibir



las medallas, la señora Gallardo fingió una sonrisa. Ese fue el momento que eligió el arquero para aceptar las entrevistas que le pedían los reporteros. Declaró que sería ése su último partido, su futuro ahora era ser entrenador de jugadores de divisiones inferiores en su pueblo natal. Se iría de Santiago porque prefería una vida sin complicaciones. Se llevaba el mejor recuerdo de Ferro Quilín, de don Chemo y del entrenador Homero Gavilán. Aprovechó además los micrófonos para invitar a una conferencia de prensa después de la ducha. La señora Gallardo escuchó desde arriba las palabras del arquero y su sonrisa dibujada con fuerza, se fue derritiendo como mantequilla caliente. Se levantó con dificultad de su sillón especial. La cara le hervía y echaba el aire por la nariz, como un caballo de carrera. En ese momento, Gertrudis, el sargento Suazo y varios carabineros la rodearon: —¿Qué significa esto? —preguntó.

El sargento le sonrió con amabilidad y le respondió:

—Tiene que acompañarnos a la comisaría, hay una denuncia en su contra por el secuestro de dos menores.

Los carabineros la hicieron bajar por las escaleras. Esa fue la última vez que vi a la

señora Gallardo. Miento. La vi al otro día, en una de las fotografías publicadas en el diario, junto a otra de Cacho Ramírez que contaba la larga historia del accidente, de don Chemo Gallardo, su padre, y de cómo destinaría el dinero de la herencia que le correspondía a entrenar equipos de tercera división.

—Y pensar que yo creía que lo habían secuestrado o que estaba muerto —dijo la Gertru echándose bronceador en las piernas—, cuando no era sino un lío de dinero. Esa gorda Rosaura que no quería compartir su herencia con Cachito.

La Gertru concluyó que pensando positivamente, todo lo ocurrido no estaba mal como recuerdo de ese verano, mientras que mis primos sólo podrían contar de aburridos partidos de baby fútbol, asados interminables y lánguidos atardeceres a la orilla del mar.

Todo esto lo recuerdo también hoy, un domingo, pero algunos meses más adelante. Estamos en invierno ahora, y parece tan lejano el verano del 98.

Con Charo nos seguimos viendo. Algunas veces vamos al cine en el centro y pasamos la tarde mirando alguna película. Luego paseamos por el parque Forestal hasta la Fuente Alemana.

A veces León llega a tocar mi ventana, tarde en la noche, y se queda con nosotros a comer. Sigue comiéndoselo todo. A mi mamá y a la Gertru les da gusto verlo comer.

A veces con Charo conversamos del futuro, lo que vendrá más adelante. Sobre el tema hablamos lo justo, sin exagerar, esa es la gracia de esperar el futuro, no saber lo que vendrá. Yo le digo que por mi parte en el futuro estoy esperando un llamado telefónico que pregunte por el detective privado de la casa. Entonces voy a ponerme al teléfono y responderé: «Quique Hache, detective, ¿en qué le puedo ayudar?».



ÍNDICE



Lunes	9
Martes	27
Miércoles	43
Jueves	69
Viernes	91
Sábado	125
Domingo	161

SERGIO GÓMEZ

Nació en 1962. Estudió derecho y literatura en la Universidad de Concepción y trabajó como profesor de castellano. Actualmente es director del taller literario del suplemento Zona de Contacto del diario *El Mercurio*. Ha escrito libros de cuentos y novelas. Entre los cuentos están *Adiós, Carlos Marx, nos vemos en el cielo* (1992), *Partes del cuerpo que no se tocan* (1997); y las novelas *Vidas ejemplares* (finalista del premio Rómulo Gallegos 1996) y *El labio inferior* 1998. También fue editor de las antologías *Cuentos con Walkman* (1993) y *MacOndo* (1996). En Alfaguara Juvenil ha publicado *Quique Hache, detective* (1999)